

Selección



SILVER KANE

LA HELADA VOZ DEL INFIERNO

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

270 — El terror acecha, *Burton Hare*.
271 — El hombre que no podía morir, *Clark Carrados*.
272 — La barrera de la muerte, *Burton Hare*.
273 — Ojo en la oscuridad, *Curtis Garland*.
274 — El terror cayó del cielo, *Joseph Berna*.

SILVER KANE

LA HELADA VOZ DEL INFIERNO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 275
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS –
MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 15.789 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: junio, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO
NUESTRA AMIGA LA LLUVIA

—Cuidado... Ten más cuidado... por favor... pueden vernos...

La lluvia repiqueteaba sobre los cristales, produciendo un sonido lento y monocorde. Más allá de esos cristales se distinguía el jardín cuyas hojas brillaban tenuemente. Daba la sensación de que el mundo terminaba allí; de que más allá de los árboles no existía el mundo, no existía nada. Sólo un vacío infinito.

—Cuidado... Sé prudente... No me aprietes así...

Un rayo vino del sur, del fondo de la bahía, y entonces todas las esculturas del jardín se iluminaron siniestramente. Parecieron animarse como si de pronto fueran a saltar.

La chica las vio. Lanzó un gemido.

Pero dentro de la habitación se estaba bien. Después del trueno, solamente se oyó, en los cristales, el repiquetear monocorde de la lluvia.

—Hemos hecho mal en encontramos aquí.

Los labios de la chica fueron sellados por un beso. Notaba las manos en sus muslos, por encima del borde de las medias blancas.

—Por favor...

Su voz se entrecortó con el nuevo beso.

Tlac... Tlac... Tlac... Tlac...

Los hombres que estaban clavando el ataúd terminaron su trabajo. Por encima del sonido de la lluvia, el ruido de los martillazos pareció atravesar el edificio entero.

Las herramientas fueron dejadas sobre la mesa. Uno de los hombres que había clavado el ataúd, susurró:

—Ya está. Podemos sacarlo.

—Menos mal que hemos terminado...

—¿Por qué?

—No sé... Ese muerto me daba miedo...

—¿Tú? ¿Miedo de un muerto? ¡Pero si llevas más de diez años en la funeraria!

Los otros rieron, aunque no pudieron evitar un leve estremecimiento cuando retumbó un segundo trueno llegado también del fondo de la bahía. La tempestad se iba extendiendo poco a poco, amenazando con llenarlo todo.

—No sé si os habéis dado cuenta —musitó—. Abría los oíos continuamente, como si estuviera vivo.

—Bueno, con los muertos ocurre eso, a veces —dijo otro—. Nunca acabas de ver cosas raras en este cochino oficio. ¡Hala, fuera con él!

—¿Adónde vamos a llevarlo?

—A donde todos. A la Morgue del lado sur.

Los cuatro hombres vestidos de negro cargaron el ataúd sobre sus

hombros. Fueron hacia la puerta, caminando en una especio de lenta procesión.

La puerta se abrió entonces de golpe.

Parecía como si el rayo hubiese caído en ella.

Cegados por la luz lívida, los cuatro hombres retrocedieron mientras el ataúd parecía ir a resbalar. Los de atrás procuraron sujetarlo mejor.

—¡Cuidado! ¡Se cae!

Por la puerta, que se había abierto sola a causa del viento, entraron las hojas muertas, las ramitas desprendidas y las gruesas gotas de lluvia que ahora empapaban el jardín. La sensación de aleo sobrenatural flotó un instante sobre los cuatro hombres, como una maldición ajena.

El ataúd acabó resbalando, porque los de atrás no lo habían sujetado bien. Dio una extraña vuelta de campana en el aire y chocó contra la pared, desclavándose la lapa. El muerto salió despedido mientras el rayo lo iluminaba siniestramente otra vez.

Ninguno de los cuatro hombres pudo evitar lanzar un grito.

Lo vieron a la perfección, mientras un segundo rayo daba un resplandor sobrenatural a la escena. El cadáver volvía a tener los ojos abiertos. Sus manos parecieron alzarse en el aire.

Pero resbaló contra la pared y volvió a quedar rígido y quieto como un poste. Las manos cayeron. Los ojos que parecían haber estado dotados de vida durante unos segundos, se hundieron de nuevo en las sombras infinitas.

Los cuatro hombres lanzaron, a la vez, una maldición.

Pasado el primer momento de horror en el que se habían sumergido como unos novatos, volvieron a ser unos profesionales conocedores de su oficio. Avanzaron casi a tientas entre aquella penumbra irreal —porque la luz eléctrica vacilaba a causa de la tempestad— y sujetaron al muerto.

—Ni que fuéramos unos principiantes... ¡Maldita sea!

—No habíamos clavado la tapa bien.

—¡Hala, hay que empezar de nuevo otra vez!

—¡Adentro!

—Oíd, muchachos, yo tengo la sensación de estar en el infierno...

—Sujétalo bien y calla, maldito seas...

El ruido de los martillazos volvió a oírse otra vez en la habitación que estaba más arriba. La chica que se había tumbado en el diván, notó que sus braguitas saltaban al aire.

—No las pierdas, que me las tengo que poner luego.

—No te preocupes, están aquí.

El beso la hizo callar. Los dos cuerpos se fundieron en uno solo. Las medias blancas de la enfermera tenían un brillo casi irreal a la luz de la ventana, brutalmente estremecida por los rayos.

Ella también se estremecía.

Jadeaba de placer, pero al hombre le pareció que, sin embargo, todo era distinto de otras veces. Ella ladeó la cabeza para musitar:

—Celebro que estés aquí, Richard...

—¿Porque hacemos el amor?

—No, no es sólo por eso... Es que si no fuera por ti, tengo la seguridad de que en este horrible caserón me volvería loca yo también.

Los dos se separaron. Un último espasmo de sus cuerpos había marcado el final. Medio incorporados en el diván, se encontraron casi de bruces en la ventana.

La lluvia seguía resbalando por ella.

Pero, sin embargo, veían lo que pasaba abajo. Lo distinguían a la luz casi irreal de los faroles exteriores.

El ataúd salía a brazos de los cuatro hombres.

—Fíjate —dijo la enfermera—. Lo llevan a la Morgue.

Y se estremeció convulsamente.

—Dios santo, tenía que haberlo imaginado...

—¿Qué es lo que tenías que haber imaginado. Lorna?

—Estábamos haciendo el amor teniendo un cadáver debajo de nuestros pies.

Richard trató de sonreír. Con sus potentes brazos rodeó el cuerpo de Lorna en un ademán protector y luego le tendió las braguitas.

—Toma —susurró—, estaban aquí. Y no es cierto que tuviéramos un muerto debajo de nuestros pies. Sencillamente estaba en la habitación que corresponde a ésta, pero en el piso inferior.

—Pero ¿te imaginas? Sus ojos debían estar clavados en el techo, un poco por encima del cual nosotros...

—Uno no puede ser prisionero de su imaginación, sobre todo en un sitio así, pequeña. Ningún ser humano tiene por qué saber lo que ocurre en el piso de abajo. Si no fuera así, nos volveríamos locos. Quién sabe si en el piso de abajo está el infierno...

Ella se estremeció brutalmente.

Fue una cosa extraña.

Pero abrió con horror sus inmensos ojos, mientras balbucía:

—¿Por qué has dicho eso?

—No sé, es una tontería... Quizá es el recuerdo de una poesía que leí hace tiempo. Las habitaciones de Nueva York, llenas unas de luminosos infiernos y otras de oscuras glorias. Me parece que era una cosa así, pero no hay que hacer caso porque quizá el poeta estaba también loco... Bueno, basta de temores estúpidos. Por el hecho de que haya tormenta, no hay que tener pensamientos negros. ¿Qué es lo que te pasaba?

—Hay gente que dice que el infierno está aquí, entre nosotros.

—¿Sí? ¿Dónde?

—Tal vez en el piso de abajo, tal vez en el piso de arriba.

Richard le dio un cachetito en los poderosos muslos a Lorna, mientras ella se ajustaba las braguitas.

—Bueno —dijo—, más vale que te serenes, porque entras de servicio

dentro de media hora. ¿Qué sección te corresponde esta noche?

—La de electroshock, pero es una guardia muy tranquila. Se trata sólo de vigilar unos aparatos que no funcionan por la noche.

—¿Has de estar sola?

—Sí, eso es lo peor.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, porque todo se podría estropear. No sé cómo no te han echado en falta durante tanto tiempo... ¡Y si lo supieran! ¡Si lo imaginaran tan sólo! ¡Uno de los locos de este manicomio haciendo el amor con una de las enfermeras! ¡El colmo!

—Un loco que no es tal loco y una enfermera que no es tal enfermera —susurró él.

Lorna hizo un mohín ofendido.

—Yo lo soy —musitó—. Soy una verdadera profesional.

—Pero no está aquí por eso —bisbiseó él—, sino .para escribir un reportaje sobre la auténtica vida en el interior de los manicomios estatales. Sabes que tu reportaje te lo van a publicar en la revista Time, sabes que dará la vuelta al mundo y, en el fondo, sueñas incluso con conseguir el Premio Pulitzer. En ese sentido, no eras una enfermera como las otras, Lorna.

Lorna se bajó las faldas de su uniforme. Era alta, joven, sólida, maciza. Con un gesto lleno de delicadeza, como si se ajustara un sombrero para ir a una fiesta, se colocó la cofia.

—Vuelve a tu cuarto, Richard —bisbiseó—. Si te echan en falta, nuestro asunto se va a terminar para siempre. Y también se terminará el mío, porque me expulsarán de aquí y jamás podré escribir ese reportaje.

—De acuerdo —musitó él—. Tú ganas.

Se besó uno de sus propios dedos y luego apretó suavemente aquel dedo contra la nariz de la chica, a modo de despedida. Cuando ya estaba en la puerta, susurró:

—¿Quién era el muerto de abajo?

—Phil Taverns.

—Pobre tipo... Lo había visto a veces en los paseos vigilados. No sabía que estuviera tan mal.

—Sufría del corazón —explicó ella—. No me extraña que haya muerto en una noche así, porque las tormentas le horrorizaban. Como no tiene parientes ni nadie en el mundo, han clavado el ataúd y se lo han llevado a la Morgue del manicomio. Es la costumbre. Mañana rellenarán unos cuantos documentos y se procederá a su cremación. Todo listo.

El abrió y cerró la puerta.

—Yo también tengo miedo a las tormentas —dijo.

Un trueno pareció retumbar en el edificio entero.

Lorna cerró los ojos con angustia.

Miedo. Sí, eso era. Miedo. No podía evitarlo.

Llevaba tres meses allí y aún no se había acostumbrado a aquel especial

clima de pesadilla.

Con un gesto maquinal, recogió los historiales clínicos que justificaban su ausencia, pues ése era el pretexto que había usado para ir al despacho donde tenía que reunirse con Richard Avedon. Los apiló y los puso bajo su brazo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que uno de los historiales era del propio Richard.

«Ausencia de su personalidad... Fallas graves de memoria... Desdoblamiento psíquico... Muchas veces cree ser un hombre que en realidad no es... Hay que tomar precauciones especiales con él... Si cree ser un santo, ayudará a todo el mundo y se sacrificará por los otros... Si cree ser un medico, intentará curar... Si cree ser un asesino, matará...»

Lorna hizo un gesto brusco con su cabeza, para alejar aquellos pensamientos.

No quería creer en nada de aquello. Lorna estaba segura de conocer a Richard Avedon muy bien. Mejor, mucho mejor que los otros.

Descendió las escaleras que, por fortuna, estaban bien iluminadas. La tempestad se iba alejando y el alumbrado eléctrico volvía a ser normal. Anduvo por el pasillo silencioso, de puertas sólidas para que los locos no pudieran salir fuera de horas, y llegó a la habitación del fondo.

Extrañamente, aquella habitación estaba abierta.

Brillaba en ella una incierta luz.

La muchacha avanzó.

Sentía frío en la espina dorsal. Le pareció que el ruido de sus pasos llenaba el mundo entero, aunque en realidad era un sonido casi inaudible.

Empujó la puerta.

Y entonces vio la ventana.

La lluvia que resbalaba por ella.

Vio la noche.

Y la cara del muerto que parecía flotar en el aire.

Y, detrás, la cara de Richard Avedon.

CAPITULO II
EL SIGNO DE SATAN

Hay momentos en que lo real se confunde con lo fantástico, en que todo se hace tan extraño, tan fantasmagórico, tan absurdo como una pesadilla. Y Lorna vivía uno de esos momentos.

Tuvo la sensación de que las dos caras flotaban en el aire.

Y en cierto modo era así, pero las cosas no ocurrían exactamente del modo que ella —crispada por el miedo— las estaba viendo. La cara del muerto parecía flotar, porque el muerto colgaba del gancho de una lámpara, y su cuerpo basculaba de un lado para otro con un movimiento de péndulo. En cuanto a Richard Avedon, estaba tan cerca que la muchacha tuvo la sensación de que iba a tropezar con él.

Se llevó las manos a la boca.

Un alarido estuvo a punto de brotar de su garganta.

Pero él le tapó bruscamente los labios, mientras bisbiseaba:

—Por favor... No chilles.

La muchacha vaciló. Quizá hubiese caído a tierra de no haberla sostenido los potentes brazos de Richard. Tragó aire con una crispación espasmódica y al cabo de unos instantes pudo musitar:

—¿Qué ha ocurrido, Ri...Richard?

—Es Malendon.

—Ya... ya lo sé.

—Sufría de manías depresivas. Todos estábamos enterados de eso. Ha debido pasar por una terrible crisis y se ha suicidado.

—Di...Dios santo...

—Esas son cosas normales en los manicomios, Lorna. Todos los que trabajáis aquí, deberíais saberlo.

Su voz era tranquila, pausada. Parecía la voz de un médico. Pero ella, que había leído docenas de veces su historial clínico, giró poco a poco la cabeza, como si el cuello le doliera, mientras sentía helársele la sangre.

—¿Y tú qué haces aquí, Richard?

—He visto la puerta abierta, igual que tú. He entrado porque ya sabes que yo era amigo de Moledan.

—Sí, ya sé que eras amigo suyo...

—Habrá que avisar a la dirección del manicomio. Lorna, pero hazlo como si lo hubieras descubierto tú. No me mezcles en esto, porque significaría el fin de todo. Y antes de hacerlo, deja que registre esta habitación.

Lorna se estremeció de nuevo.

—¿Por qué has de hacerlo? —musitó.

Mientras tanto, miraba obsesionada el cadáver, dándose cuenta de que no había señales de violencia en la habitación. Seguramente era cierto lo de que se había suicidado, pero no comprendía por qué Richard quería registrar la

pequeña pieza en que Moledan se había recluido, porque a los depresivos se les tenía aparte para que no influyeran en los demás. ¿Qué infiernos podía buscar Richard en la habitación de un loco? porque Lorna tenía muy en cuenta que Richard estaba loco también, aunque ella le quisiera con toda su alma.

—Hay algo que tú no sabes —susurró él.

—¿Qué es lo que no sé?

—Malendon era experto en una cosa muy extraña.

—¿Qué cosa?

—Experto en el infierno.

El trueno pareció llegar desde la lejanía, desde las profundidades más ignotas del espacio, llenándolo todo. La lividez del relámpago hizo que la muchacha viera su propia sombra reflejada en la pared. Sus ojos se desencajaron, mientras musitaba:

—¿Experto en... en el infierno? ¿Qué es eso? Supongo que te refieres a... a experto en satanismo, en una de esas extrañas sectas religiosas eme... que en lugar de adorar a Dios adoran a Satán. En este país abundan mucho, como abundan todas las locuras. Dime... ¿te refieres a eso?

—No.

Lorna sentía que todo daba vueltas en tomo suyo. El frío se posó en su nuca como una mano helada.

—Pues ¿a qué se dedicaba? —balbució.

—Habíamos hablado muchas veces de esto. Sí, ya sé que era un loco, Lorna, ya lo sé, pero tú debes meterte en la cabeza una cosa: uno no está loco del todo. Hay ingenieros capaces de asesinar a media humanidad, pero cuando ha pasado la crisis siguen siendo unos buenos ingenieros. Hay poetas que sólo están pensando en suicidarse, pero cuando se les pasa la depresión son unos excelentes poetas.

—¿Quieres decir que había momentos en que Malendon... reflexionaba bien, ¿verdad? Eso yo ya... ya lo había notado.

—Celebro que lo reconozcas, Lorna, porque algunas de las cosas que decía Malendon tenían su lógica, o al menos parecía como si la tuvieran. El estaba convencido de que el infierno existe y, además, está en el planeta Tierra, cosa en la que ya coincidieron muchos teólogos y muchos sacerdotes de diversas religiones. El sostenía que el cielo y el infierno, es decir, la recompensa y el castigo, no tenían por qué estar lejos del sitio en que los humanos vivimos y reventamos. Lo cual no tendría nada de particular, pues es una creencia personal perfectamente respetable, de no ser por otros detalles.

—¿Otros detalles? ¿Cuáles?

—Por ejemplo, él se había hartado de estudiar la historia de Nueva York. Y había hecho mil exámenes de su subsuelo, pues ya sabes que era geólogo.

—Lo sé, pero... pero... ¿eso qué tiene que ver?

—Tiene que ver mucho. Malendon, analizando el suelo rocoso de Nueva York, estudiando las líneas directrices de los volcanes y basándose en

antiguas historias, llegó a la conclusión de que el infierno está aquí, en el subsuelo de esta ciudad.

Hila intentó reír.

Quería tomárselo a broma.

—¿Sí? ¿Dónde está el infierno? —preguntó—. ¿En el metro?

Pero el muerto que seguía oscilando la hizo callarse. Por otra parte, la cara de Richard Avedon también se había vuelto, durante unos segundos, de un raro color ceniza. Con voz incierta, musitó:

—Había descubierto el signo de Satán en viejísimas excavaciones que ya venían del tiempo en que los holandeses compraron a los indios el pedazo de la isla de Manhattan en que se asentaría la futura ciudad. Como ves, lo dibujó antes de morir. Míralo... Está hecho en carboncillo sobre esa mesa.

Ella clavó sus ojos fascinados en aquel dibujo.

Era sencillo.

Se trataba de un círculo con una X dentro. En cierto modo hubiera podido tomarse por el dibujo de una rueda antigua. De la parte inferior del círculo partía, señalando hacia abajo, una pequeña flecha.

—Nunca lo había visto —bisbiseó Lorna.

—El me lo había enseñado a veces —musitó Richard—. También es cierto que ese signo está en viejísimas excavaciones, puesto que Malendon me enseñó varias fotografías. No sé si recuerdas que se pasaba el día en la biblioteca del manicomio.

Richard Avedon hablaba del manicomio como si él no fuera uno de sus clientes; como si resultara una cosa completamente ajena a él, y eso era lo que a veces maravillaba a Lorna. De hecho, Lorna le consideraba como un ser completamente normal, ya que, de lo contrario, no le hubiese amado, pero realmente sabía que era un loco. Hizo un esfuerzo por tratar de olvidarlo y sentir confianza hacia él.

—Vuelve a tu pabellón —musitó—. Todas esas ideas sobre el infierno será mejor que no las mencionemos a nadie. Son absurdas... Dentro de cinco minutos, cuando sepa que has llegado a tu pabellón y nadie sospecha de ti, lanzaré un grito y fingiré haber descubierto entonces el cadáver. Menuda pesadilla vamos a tener esta noche...

—Gracias, Lorna, confía en mí.

—Si no lo hiciera, no sé en quién podría confiar, Richard.

Sus manos se rozaron fugazmente. El desapareció.

Y al cabo de unos instantes, Lorna se llevó las manos a la cara y lanzó un grito.

Fue un gritó que se mezcló con el trueno hasta las profundidades de aquella especie de casa de la muerte.

* * *

Era ya un día limpio y claro cuando la muchacha, con los ojos cargados de

sueño, atravesó en un taxi el puente de Triboro y regresó desde Queens hasta Manhattan, bordeando Harlem. Después de los interrogatorios de la policía, después de las molestias y los problemas, le quedaba aún otro asunto bien amargo por resolver.

Pero era el último día de plazo que tenia para eso. No podía demorarlo más.

El taxi la dejó en el sur de Manhattan, muy cerca de uno de los núcleos financieros más activos del mundo, y sin duda el más importante del planeta Tierra. Pues del sitio donde el taxi la dejó, la famosa Wall Street, donde cada día se decide el destino económico de la Humanidad, había apenas doscientas yardas. Era un lugar frecuentado por banqueros, por corredores de Bolsa, por periodistas y hasta por suicidas; un lugar donde se mueven también los oficinistas más técnicos, más nerviosos, más capacitados y seguramente mejor pagados del mundo.

Y, sin embargo, aquello no daba la menor sensación de bullicio. Cierto que era domingo y entonces todo cambiaba, pero otros días le había ocurrido también lo mismo a Lorna.

Extraño lugar aquel.

Muy cerca de Wall Street, donde cada día se ventilan fortunas fabulosas, está el viejo cementerio donde, por supuesto, ya no se entierra a nadie. La verja de hierro limita las cruces que tienen doscientos años, los cuadros de flores, las parcelas de olvido junto a las cuales discurre incansable el tráfico de Mueva York. Algunos jubilados se sientan en las Inmediaciones y miran el vacío. Quizá piensen que a ellos les corresponderán cementerios suburbiales y mucho menos poéticos que éste.

La zona es una de las más viejas, de las más agitadas y, al mismo tiempo, de las más inquietantes de Nueva York. Porque muchos de los edificios circundantes tienen más de cien años, y desde sus ventanas, parecen acechar los ojos de cien muertos.

Esa fue la sensación que tuvo Lorna.

La de que desde las ventanas donde se reflejaba el sol la estaban acechando los ojos de los muertos.

Concretamente, su mirada se posó en la casa donde había vivido tía Bussie; una casa rojiza y de arquitectura neogótica que era quizá la más antigua del sector. Tenía una apariencia respetable, sólida y digna, pero al mismo tiempo, algo siniestra también. No se puede olvidar que lo más respetable, sólido y digno son los panteones de los cementerios.

Atravesó la calle y penetró en el portal.

El ascensor, solemne y lento, era una pieza de museo.

En una ciudad como Nueva York, donde las innovaciones son constantes, no dejaba de causar inquietud aquel recinto que no se había modificado en cien años.

El conserje también pareció surgir de las profundidades del más allá. Tenía la piel apergaminada y llevaba una levita anticuada de las que en esta época

ya empiezan a dar risa. Musitó:

—Buenos días, señorita Lorna.

Lorna tuvo un estremecimiento. Una voz lejana pareció hablarle de premoniciones que no tenían sentido.

—Yo nunca había estado aquí —musitó—. ¿Por qué me conoce usted?

—Es sencillo. Por el retrato que su tía Bussie tenía arriba. A veces, cuando le hacía algún pequeño recado, me hablaba de usted y por eso sé su nombre.

—Es verdad... Tía Bussie era mi única pariente —bisbiseó la muchacha, sintiendo un alivio sin saber por qué.

—Celebro que haya venido. La junta de propietarios se reunió el viernes precisamente, y acordó decirle que hoy era el último día. Por eso le enviaron el telegrama. Si usted no toma posesión de los efectos de su difunta tía, los entregaran a la beneficencia pública.

—Lo sé —dijo desmayadamente Lorna.

—Por otra parte, le convenía a usted venir, porque ese piso es un magnifico negocio. No sé si usted estará enterada de que, hace dos años, cuando la difunta señora Bussie lo ocupó, pudo beneficiarse de unas condiciones excepcionales que no se han vuelto a repetir. El alquiler es de la décima parte de lo que se suele pagar por aquí. Puede usted trasladarse al piso, vivir en uno de los mejores barrios de la ciudad, y, encima, ahorrar dinero.

Lorna paseó su mirada por el portal enorme y lujoso, pero siniestro, por las pinturas que decoraban las paredes, por el ascensor que parecía un sarcófago, y tuvo la sensación de que el frío se le metía hasta el fondo de los nervios. Musitó:

—Yo vivo en un sitio mucho más pobre, pero por nada del mundo me gustaría habitar en esta casa.

El conserje pareció algo ofendido.

—Pues el vecindario es de lo más selecto —dijo—.

Pero, en fin, lo que yo trato de decirle es que usted puede hacer un magnífico negocio quedándose tres meses en el piso que fue de su tía Bussie. En tres meses consolida usted sus derechos y se la considera sucesora de la anterior inquilina. Excepcional mente, la junta de propietarios permite en esos casos que se pueda realquilar el local, lo cual le permitiría a usted ganar casi quinientos dólares al mes, contando lo que le pagarían y lo que paga.

La muchacha cabeceó afirmativamente.

La verdad, era una oferta interesante.

Quinientos dólares al mes reforzarían mucho su economía, pues la vida es dura para todos. Y, encima, sin tener que dar golpe, que es lo bueno.

—Es posible que acepte —dijo.

Subió al piso.

Era el más alto.

Y entonces, Lorna tuvo un nuevo estremecimiento.

Desde las ventanas ojivales se veía el cementerio de Wall Street. En las

noches de luna, debían blanquear las tumbas.

Pero la sensación de miedo, la sensación de que lo desconocido había entrado en su vida, no fue debida a eso. La tuvo al encontrarse con los viejos muebles, con los espejos silenciosos, con las ropas que estaban amontonadas tal como la muerta las dejó. Ella no se había enterado de la defunción, porque entonces estaba de vacaciones en Montevideo, y cuando se lo notificaron ya había terminado todo. Entraba allí por primera vez, lo cual era como entrar en el recinto del más allá.

En la habitación mortuoria se apilaban los muebles. Daba la sensación como si tía Bussie hubiese querido defender la puerta para que nadie entrara allí. El conserje se dio cuenta de lo que ella miraba y dijo:

—Nos costó mucho entrar ahí. Llevaba ya tres días muerta cuando nos sorprendió su ausencia y forzamos la puerta del piso, con permiso de la policía. La entrada de esa habitación estaba atrancada de tal modo, que se necesitaron cinco hombres para retirar los muebles.

Daba la sensación de que esa pobre mujer había querido evitar que alguien entrase.

Lorna bisbiseó:

—¿Entrar? ¿Quién?

—No lo sé. ¿Cómo voy a saberlo?

Lorna puso sus pies inseguros en aquella habitación.

Y entonces tuvo la respuesta.

Porque dibujada en una de las paredes con mano temblorosa, estaba una marca que ella ya conocía muy bien. Estaba el círculo con la X dentro y la pequeña flecha señalando hacia abajo.

Estaba el círculo del diablo.

CAPITULO III
VEN AL INFIERNO, QUERIDA

Lorna tuvo que cerrar los ojos.

En nada de aquello había el menor sentido. Ni en la muerte de Malendon, ni en la muerte de tía Bussie, ni en los dibujos iguales aparecidos en las habitaciones de dos personas que jamás se habían conocido. La muchacha intentó pensar eso, convencerse de que todo era una casualidad, pero al mismo tiempo no pudo evitar que una sensación de frío le llegara hasta el fondo de los huesos.

Y entonces lo decidió.

No se echaría para atrás.

No tendría miedo. Averiguaría lo que había detrás de todo aquello.

El conserje musitó:

—¿Qué miraba? ¿Ese dibujo?

Ella disimuló:

—¿Ese...? —dijo—. Ni siquiera me había dado cuenta.

—La señora Bussie estaba algo extraña últimamente, ¿sabe? En fin, ésas son cosas que les pasan a todos los viejos. Dígame: ¿qué va a hacer con los muebles? ¿Venderlos?

—Y ahora mismo —dijo ella—. Si he de vivir aquí, necesito cambiarlo todo.

—Celebro que haya aceptado, señorita Lorna. En la casa hay un par de viejas más, las dos parecidas a su tía Bussie, pero los demás vecinos son matrimonios muy respetables y bien educados. Abogados, médicos, escritores... También hay algún rentista, claro. Gente muy tradicional. Se sentirá a gusto.

—Estoy segura —dijo ella, con voz opaca—. ¿El teléfono funciona?

—Sí, porque evitamos que lo cortaran. La junta de propietarios tía ido pagando la cuenta de abono.

—Han sido muy amables. Dentro de muy pocos días se lo pagaré.

Una vez se hubo quedado sola, Lorna registró febrilmente los cajones, donde encontró más de dos mil dólares, señal de que nadie había registrado antes. Y si habían registrado, no lo habían hecho en plan de robo. Pero, en cambio, no encontró ningún documento confidencial, ninguna carta, nada que tuviese un interés íntimo.

Antes de eso llamó a un anticuario que conocía para que le hiciese una tasación. El anticuario, oliendo el negocio, se presentó casi en seguida.

—Hum... Hay algunas piezas buenas —dijo—. Sí Piezas clásicas. Claro que este tocador, por ejemplo, está algo estropeado. Mire lo que han hecho con las uñas.

Ella se agachó y miró.

Sintió que se le secaba la boca.

Porque allí estaba el signo otra vez. Allí estaba el círculo. Allí estaba la flechita señalando hacia abajo, hacia lo más profundo del infierno.

El anticuario no la miraba. Mejor.

Por eso no se dio cuenta de su terrible palidez.

—De todos modos, puede restaurarse —dijo—. Sí, claro que puede hacerse... Mire, en plan de hacerle un favor y con riesgo de arruinarme, le haré una oferta suicida. Me lo quedo todo por tres mil dólares, co... cortinas incluidas.

Lorna sabía que era un precio irrisorio porque algunas de las pinturas ya valían más de tres mil dólares, pero eso le importaba bien poco ahora. Musitó:

—Acepto.

—¿A...acepta?

—¿Y por qué no?

—En fin, estaba dispuesto a llegar hasta los tres mil ciento veinte con noventa centavos. Pero de todos modos, hace usted un magnífico negocio.

—Sólo le exijo una cosa —bisbiseó Lorna.

—¿Qué?

—Que me deje esa butaca de piel por si necesito descansar un rato, hasta que compre un mobiliario nuevo. Y que se lleve todo esto hoy mismo. Inmediatamente.

—¿Hoy? ¿En domingo?

—O lo hace o no hay operación. Combínelo como quiera.

—De acuerdo, de acuerdo... Yo mismo conduciré el camión de mudanzas. Y con la ropa, ¿qué hacemos?

—Llévesela y quémela.

El anticuario se frotó las manos. Sabía que algunas piezas bordadas valían bastante. Muchas verduleras que han hecho pasta buscan piezas antiguas para demostrar que han sido ricas toda la vida. Por parte de la ropa, podía obtener, contando sólo las mantelerías y tirando por lo bajo, dos mil dólares más.

—Aceptado —dijo—. La quemaré cuidadosamente.

Y se largó.

El traslado se hizo aquella misma tarde. Las habitaciones adquieren entonces, a la luz incierta del crepúsculo, un raro aspecto de panteón vacío del que se han llevado al muerto. La muchacha no sólo tenía miedo, sino que la cabeza le empezaba a dar vueltas.

El cansancio la dominaba.

La soledad de aquellas habitaciones era angustiosa.

La luz era tan lívida, que parecía estar hecha con cera.

Lorna sentía el irrefrenable deseo de escapar de allí, pero al mismo tiempo estaba firmemente decidida a averiguar la verdad. Fuese como fuere, tenía que saber qué relación había entre aquellos muertos y el símbolo de Satán.

Se sentó en la única butaca que había conservado, de cara a la ventana.

No se dio cuenta de lo infinitamente cansada que estaba.

No se pudo dar cuenta tampoco de que quedaba dormida como un tronco,

con la cabeza apoyada en el respaldo. Cuando despertó, tuvo la sensación de que había transcurrido muchísimo tiempo.

Y, en efecto, así era.

Había transcurrido muchísimo tiempo.

Por las ventanas no entraba ya más que la luz de la noche. El viento hacía oscilar unas cortinillas que el anticuario no había querido. La casa tenía sólo nueve pisos, pero hasta allí no llegaba ningún rumor, ningún sonido procedente de la calle.

Lorna miró por una de las ventanas.

Silencio.

Las tumbas del cementerio, en efecto, eran blanqueadas por la luna.

Si le hubiesen dicho que aquél era uno de los lugares más importantes de Nueva York, el centro neurálgico de las finanzas del mundo, no se lo hubiese creído. Y, sin embargo, era verdad. Estaba en el corazón de lo que podía llamarse la City.

Miró su reloj.

Las doce.

A lo lejos, por encima de las casas, dando una sensación de vida en aquel distrito muerto, se veían rutilar las luces del Rockefeller Center.

La muchacha se llevó las manos a la cabeza.

No podía seguir en aquel sitio. Debía volver a su apartamento y descansar. Aquí no tenía más que frío y miedo.

Después de arreglarse el cabello, salió a la lujosa escalera de mármol y cerró el piso. Unas luces de un raro color lila parecían flotar en el aire. No se oía ni un susurro. La sensación de que estaba viviendo en el interior de un panteón la dejó sin aliento.

No se atrevió a bajar por las escaleras. Además, eran nueve pisos.

La luz rojiza pareció entonces hacerle guiños desde la penumbra.

Se volvió.

El ascensor estaba allí, detenido en el piso, como sí la esperara. El ascensor parecido a un sarcófago.

Su luz se encendía y se apagaba.

Algunas bombillas parecían estar a punto de fundirse. Todo en aquella casa se estropearía, sin remedio algún día, devorado por el tiempo.

La muchacha entró en el ascensor. El sistema de teclado era tradicional, con muchos timbres y muchos relieves dorados. Marcó la planta baja, que, además, estaba indicada con todas las letras para que los honorables propietarios no se confundiesen.

El ascensor bajaba sin un zumbido. Su maquinaria, bien repasada, funcionaba a la perfección, a pesar de los años.

Primer piso. Entresuelo... ¡Planta baja!

La muchacha miró el portal, que ya estaba cerrado. Los mármoles, las pinturas de la anticuada decoración, las alfombras, las medias luces...

Fue a abrir maquinalmente las puertas, pero entonces sucedió algo

increíble.

¡El ascensor no se detuvo!

¡Seguía bajando!

Lorna miró aturdida hacia el tablero de timbres, por si allí marcaba algún sótano, en cuyo caso tendría que reconocer que ella se había confundido al pulsar. Pero, no. El último timbre señalaba precisamente eso: «Planta baja»

¡Por lo tanto, no había ningún sótano!

¡Y, sin embargo, el ascensor seguía bajando!

¡Bajando!

¡BAJANDO!

Lorna intentó abrir las puertas y éstas no se movieron Pulsó el timbre de «Stop» y el ascensor no se detuvo. Los ojos de Lorna se desencajaron.

Pero, de todos modos, era una tontería.

No, no debía tener miedo.

Quizá el ascensor descendía más porque debajo de la casa habían construido un parking.

Sí, eso debía ser.

Intentó respirar con calma.

Y, de pronto, el ascensor se detuvo.

Las puertas se abrieron automáticamente.

Y Lorna no tuvo fuerzas ni para lanzar un grito de horror. De pronto, su garganta pareció romperse.

Porque se dio cuenta, en el fondo de aquel abismo de miedo y desesperación, de que acababa de llegar a un lugar inconcebible.

De que acababa de alcanzar lo que nunca creyó.

Las profundidades del infierno.

CAPITULO IV
LA CAIDA INFINITA

Los ojos de Lorna se abrieron inmensamente.

Sus dientes entrechocaron

Ella había imaginado el infierno de alguna manera. Claro que lo había imaginado. Con llamas, y profundidades, y diablos, y todo eso. De la misma forma que en las ilustraciones de la Divina Comedia.

Y, de pronto, se dio cuenta de que allí estaba. Todo aquello.

El universo rojo.

La espantosa sensación de vacío.

Las llamas al fondo, llenándolo todo con su resplandor.

Y aquellos diabólicos seres de piel tan roja como la sangre.

Desnudos.

Hombres y mujeres.

Parecían seres humanos, pero no lo eran.

El más allá estaba en sus ojos desencajados.

En sus manos convertidas en garras.

En sus gritos estridentes que parecían auténticos aullidos de ultratumba.

Lorna se llevó las manos a la boca.

No podía creerlo.

Era una pesadilla.

Ella también se había vuelto loca, ella también era como esos clementes que se arrojan de cabeza contra las paredes, deseando morir, porque realmente, en el fondo de sus cerebros torturados, ven el infierno.

Sabía que no podía ser.

Era totalmente increíble.

¡Ella estaba en el centro de Nueva York!

¡En una vieja y normal casa de vecinos!

¡Aún se encontraba dentro de un ascensor burgués, tranquilo, normal, respetable! ¡No podía estar soñando! ¡Se encontraba dentro de él!

¡Lo que creía estar viendo más allá de las puertas, no existía!

¡Era una terrible alucinación!

¡Se había vuelto loca!

Pero la sórdida realidad (si es que a aquello se le podía llamar realidad) vino a imponerse. Las garras se tendieron hacia ella. Los gritos estridentes aumentaron de volumen, hasta producirle en el cerebro una auténtica convulsión.

A partir de ese momento. Lorna fue totalmente incapaz de defenderse.

Las fuerzas la habían abandonado.

Sus rodillas se doblaban en un gesto trágico.

Las garras dotadas de potentes uñas se clavaron en su carne y le produjeron horribles líneas de sangre. Sintió que era arrastrada por cien fieras

a la vez, por cien seres de ultratumba que chillaban, se contorsionaban, arañaban, mordían...

Unos dientes se estaban clavando en su cuello.

Las llamas seguían brillando al fondo.

Aquello era el infierno... ¡Tenía que serlo! ¡El Infierno del que todos hemos hablado alguna vez! ¡El infierno que realmente no sabemos dónde está! ¡El infierno!

Pero había cosas increíbles, cosas raras y lejanas de las que Lorna se daba cuenta sólo de una forma incierta. Por ejemplo, el ser abominable que le estaba mordiendo en el cuello era una mujer, una mujer como ella, aunque bastante más vieja y, además, desnuda.

Lorna, horrorizada, notaba la creciente excitación de aquella mujer, agitada por oscuros deseos.

Era increíble.

También veía hombres.

Hombres desnudos.

Visiblemente excitados, buscando tocarla por todas partes.

¡Pero ninguno de ellos era de este mundo!

¡Todos tenían la piel espantosamente roja!

La muchacha fue sacada del ascensor.

Arrastrada.

Cada vez veía más cerca el fuego que lo llenaba todo.

Y allí, en el fondo, sobre una pared que parecía estar hecha de alguna materia sobrenatural, distinguió el signo satánico. El circulo con la X dentro y la flecha señalando hacia abajo.

De una forma confusa, pensó que allí estaban representados algunos de los instrumentos más antiguos de la humanidad.

La rueda, que nos lleva no sabemos dónde.

La flecha, que es más veloz que el pensamiento.

¿O quizá el círculo no representaba la rueda, sino el número «cero», que es un invento mágico y, a la vez, diabólico? ¿Ha pensado alguien en la fabulosa capacidad de abstracción mental y de inteligencia que se precisa para crear, de la nada, un símbolo que no tiene valor en sí, pero que lo significa todo? ¿Un símbolo que es, a la vez, la base de un sistema métrico aceptado por los hombres más sabios del universo?

¿Ese símbolo viene de la inteligencia del hombre, de lo más alto de los cielos o de lo más profundo de los infiernos?

¿Y la X? ¿Representaba los radios de la rueda o un signo algebraico? ¿Qué mentalidad se necesita también para idear la X, en la que están concentradas todas las incógnitas?

Los pensamientos de la muchacha daban vueltas y más vueltas en aquel vacío aterrador. Era como si flotase en un abismo sin fondo, en una especie de eterno olvido. Mientras la arrastraban llegó a pensar una serie de cosas que eran terribles, pero al mismo tiempo eran espantosamente lógicas.

«Yo he muerto.»
«No me he dado cuenta, pero he muerto en el ascensor.»
«Mañana descubrirán mi cadáver.»
«Y nadie podrá imaginar que estoy ya aquí, en el infierno.»
«Quizá al morir me ha quedado grabado el recuerdo del último lugar en que estaba. Por eso he pensado que seguía en el ascensor, pero no es así... No es así.. ¡No es así!»
El grito desgarrador escapó de su garganta.
Lorna había dejado de pensar.
Notó confusamente que la habían depositado sobre una mesa parecida a un altar, al lado mismo del símbolo satánico. Nadie la ató sobre aquella superficie, pero pies y manos siguieron siendo sujetados por aquella especie de barras.
Había bocas ávidas que intentaban morderla.
Lorna se dio cuenta de que chillaba desesperadamente mientras se retorcía con todas sus fuerzas. Porque ahora las fuerzas habían vuelto y ella se acababa de convertir en una auténtica fierecilla que luchaba hasta el último aliento.
Pero en el fondo de su cerebro, algo le decía que todo era inútil.
Ella había muerto. Simplemente estaba luchando contra la nada, como lucharía por toda la eternidad.
Las ropas eran arrancadas a puñados.
Aunque ya no llevaba sus prendas de enfermera, iba vestida de una forma bastante tradicional. El vestido elegante, las prendas íntimas, las medias... Todo fue arrancado por las zarpas, que a cada contacto le dejaban en el cuerpo violentos rastros de sangre. Lorna chilló, chilló y chilló con los ojos cerrados, para no ver todo aquel horror, hasta tener la sensación de que se le había roto la garganta.
De pronto, abrió los ojos porque un tormento nuevo se estaba añadiendo a todo aquel horror.
Un hombre grueso la forzaba.
Aterrada, hundida en el fondo de la más negra desesperación, Lorna se preguntó si el infierno podía ser así, si esto era realmente el otro mundo cuando se parecía tanto y tanto a las abyecciones del nuestro.
Porque aquello era un auténtico ultraje. El monstruo chillaba de placer mientras se removía cada vez más aprisa Cuando se retiró. Lorna pensó que aquello era peor que todos los suplicios, que todas las muertes... Pero ¿también que todos los infiernos?
Su cerebro estaba a punto de estallar.
No había términos de comparación allí. Estaba en el fondo de la negrura más negra. Aquello, después de todo..., ¡era el infierno!
Pero aún conservaba su capacidad de asombro, y aquel asombro estuvo a punto de ahogarla cuando se dio cuenta de que el hombre, una vez saciado, había sido sustituido por una mujer que también se movía incansablemente

Mientras tanto, clavaba sus zarpas en el cuello de Lorna.

No tardó en quedar satisfecha.

Lorna se ahogaba a causa de su propio asco. Había cerrado los ojos para no tener que ver aquello.

De pronto, notó algo extraño. La volvían a la fuerza, haciéndola quedar de espaldas sobre la mesa.

Bueno, ¿y qué?

Poco le importaba todo, y lo único que le interesaba era volver a morir. Pero... ¿morir en el infierno? ¿No se es inmortal allí? ¿Los suplicios no están pensados para que duren eternamente?

Otra vez su cerebro estallaba.

Todo daba vueltas...

Su propio chillido de dolor hizo que los ojos se le desencajaran. Los abrió de golpe al notar que tenía un nuevo bulto encima.

Esta vez volvía a ser un macho, si es que a «aquello» se lo podía designar por medio de palabras humanas. Lorna chilló desesperadamente mientras se estremecía sobre la mesa y lanzaba auténticos mordiscos al aire contra las manos que la sujetaban, pero no consiguió liberarse.

Cuando aquel nuevo ser estuvo satisfecho, Lorna tenía todo el cuerpo bañado en sudor a causa del sufrimiento. Notó que la volvían a voltear y entonces un cuerpo de mujer se posó sobre el suyo.

El suplicio continuó.

Ocurría como deben ocurrir las cosas en el infierno: no terminaba nunca. Cada nuevo cuerpo que pasaba sobre el suyo le pedía una nueva abyección, le exigía un nuevo sufrimiento, cada vez más despiadado y más inhumano. Los actos en que ella tenía que estar vuelta de espaldas se sucedieron, mientras en otras ocasiones, y sólo con el objeto de causarle más dolor, las mujeres que pasaban por la mesa utilizaban pérfidos instrumentos. No sólo querían obtener placer, sino, además, destruir su cuerpo poco a poco, con una especie de ritual salvaje, entre suplicios Indescriptibles.

Y lo peor para Lorna era que no acababa de perder el conocimiento.

Se daba cuenta de todo.

Como se dio cuenta también de que los monstruos danzaban en tomo suyo mientras entonaban extraños cánticos. Como se dio cuenta también de que las llamas se iban avivando. Casi deseó el horrible momento en el que la lanzarían a ellas, porque aquello quizá significaría el fin total e irreversible de la vida, el fin de todo.

Pero no era ésa la opinión que imperaba en el infierno. Cuando todos los habitantes de aquel repulsivo mundo estuvieron satisfechos, cuando sus cuerpos se hubieron descargado de los miserables apetitos que los poseían, la muchacha fue vuelta de espaldas otra vez. Ahora notaba que la sangre corría por su cuerpo y el dolor era tan intenso que no la dejaba respirar. De su garganta escapaba apenas un ronquido.

Pero aquel ronquido se transformó de pronto en un espantoso grito de

muerte.

¿Muerte?

Pero ¿la muerte existía?

¿Podía, al fin, llegar la liberación?

No... ¡A aquel precio, no!

Porque se dio cuenta, confusamente, de que le estaban aplicando uno de los suplicios más atroces de la Edad Media: el empalamiento. Algo tan inhumano que parecía mentira que un hijo de madre lo pudiera concebir.

El primer golpe de martillo repercutió hasta el fondo de sus entrañas.

Un afilado palo, lo bastante grueso para destrozar las vísceras conforme penetraba en ellas, iba siendo introducido a martillazos en sus intestinos. Teniendo como punto de penetración el esfínter, el conducto natural, penetraba brutalmente en el vientre de la muchacha, para destrozar luego el estómago, los pulmones... Ella había leído alguna vez en un libro de viejos suplicios, que los verdaderos «profesionales», los verdugos expertos conseguían que, al final, la punta del horrible palo llegase a sobresalir por la boca de la víctima.

Lorna ya no podía ni gritar.

Los ojos se le salían de las órbitas.

Arañaba desesperadamente la mesa donde unas manos implacables la seguían sujetando.

Y además, todo aquello había de ser eterno.

Sabía que los suplicios iban a sucederse unos a otros. Más salvajes cada vez. Y más despiadados. Eternos.

Porque en el infierno no se puede morir... ¡No se puede morir!

El palo hizo una nueva penetración.

Y Lorna tuvo suerte. Porque quizá hasta en el infierno se cumplen las leyes fisiológicas de la tierra. Lorna perdió el conocimiento mientras lanzaba un grito.

CAPITULO V
LA BUSQUEDA

El sucio camarero dejó sobre la barra las dos tazas de café y luego se sacó del fondo de la nariz una bola mugrienta. Cuando la ágil camarera portorriqueña pasaba junto a él, trató de meterle mano un los muslos, pero la chica le largó de espuela un «amable» golpe en la entrepierna. El tío quedó medio doblado, mientras los clientes reían.

Uno de ellos tuvo tal acceso de hilaridad que hasta escupió el café. Otro se fue corriendo al excusado que estaba al fondo del largo túnel en qué consistía aquel distinguidísimo establecimiento, frecuentado por la mejor clientela de Nueva York. En cierto modo, podía decirse que allí no iban más que reyes.

El rey de los ladrones, el rey de los drogadictos, el rey de los borrachos, la reina de las prostitutas de medio dólar...

Buen sitio, sí, señor.

Allí pasabas el umbral y ya habías atrapado una blenorragia.

Richard Avedon fue el único que se dedicó a beber en silencio su taza de café, mientras miraba furtivamente a un lado y a otro. Sabía que él no estaba catalogado entre los especialmente peligrosos, pero de todos modos, el personal del manicomio le buscaría ya por diversos sectores de Nueva York. Y se habría dado parte a la policía.

Las ropas que llevaba esa mañana eran limpias, pero sencillas. No llamaba la atención. Unos pantalones de buena calidad, una camisa gris y una cazadora de cuero. Podía pasar perfectamente por un taxista.

Pagó y pidió una ficha de teléfono.

La portorriqueña le dirigió una sonrisa llena de insinuaciones, quizá porque era el único cliente guapo y limpio que había entrado allí aquel mes.

Pero Richard Avedon tenía la cabeza ocupada en otras cosas. Fue al fondo del local, donde se encontraba el teléfono, y discó un número.

Era el de un sombrío hotel del Bowery.

—¿Ningún recado para mí? —preguntó

—Nada, señor Morsen.

Se había guardado bien de dar su verdadero nombre. En el hotel tampoco averiguaban nada, porque con frecuencia iban por allí drogadictos y homosexuales con los que nadie quería líos. Al lado mismo estaba instalado el club de lesbianas del South Bowery, que contaba con casi cincuenta entusiastas miembros.

—Pero ¿han llegado cartas?

—Le repito que ninguna para usted, señor Morsen. Y ninguna llamada. Mi marido ha estado casi toda la mañana junto al teléfono.

—Gracias. Siento mucho haberla molestado. Volveré a llamar a mediodía. Otra vez gracias.

Colgó.

Richard Avedon salió como una sombra.

Empezaba a hacer frío en Nueva York. Un viento hostil arañaba las fachadas.

Dos camioneros pasaron junto a él, en aquella punta miserable del Bronx, bordeando el Hudson

—Si quieres calor y no puedes pagarte un viaje a Jamaica —le decía uno al otro—, pide que te reciban en el infierno.

Richard cerró un instante los ojos.

El infierno...

Toda aquella rara sucesión de sucesos...

Y un caos en su cerebro que lo iba carcomiendo poco a poco.

Fue al más cercano puesto de periódicos, siempre mirando a un lado y otro por si le observaban, y sacó un ejemplar del Washington Post de debajo de una pila de revistas donde una mujer con la boca entreabierta y mirada incitante prometía, en grandes titulares: «Yo hago felices a los hombres.»

El Washington Post era el diario que cotidianamente compraba Lorna, porque fue el primer rotativo en ti que trabajó, y porque lo consideraba el mejor informado del país. Eso significaba que Lorna, estuviese donde estuviere, fuese cual fuere la razón por la que había desaparecido, seguiría comprándolo. Y eso significaba también que el Washington Post era el único medio, más o menos razonable, para ponerse en contacto con ella.

Richard se sentó en un banco, a la orilla del Hudson.

Buscó en la sección de anuncios económicos el llamativo recuadro que había estado pagando durante cuatro días, a precio especial, con todos los recargos para que lo situasen en lugar bien visible al confeccionar el periódico. Sabía que Lorna dirigía todos los días un repaso a aquella página.

También hoy el anuncio estaba allí, pero sin dar el menor resultado. Y eso que Lorna, caso de haberlo visto, tenía que haberlo interpretado a la primera lectura.

«Simenon, ponte en contacto conmigo, estés donde estés. Urgentísimo.»

Nada más esto, aparte la dirección y el número del teléfono del hotel del Bowery. Pero era suficiente para Lorna.

Richard Avedon repasó sus recuerdos.

Con la mirada perdida, evocó aquel momento.

En su turno de guardia del manicomio, Lorna leía una novela de Simenon cuando él, al fin y al cabo simplemente un loto, la abordó por primera vez.

Normalmente las enfermeras rehuían el diálogo.

Ella, no. Ella estuvo amable con el enfermo.

Era tal como la había imaginado Richard antes de ir a buscarla a aquel maldito sitio.

Le preguntó por su antigua profesión.

Richard habló del boxeo.

De los gimnasios miserables de Nueva York sur.

De las verdaderas torres humanas a las que uno había de enfrentarse para ir

subiendo, peldaño a peldaño, la escalera de la fama y el dinero.

De los combates a cincuenta dólares.

De los primeros encuentros de importancia.

Del ranking nacional, donde son clasificados los mejores boxeadores de Estados Unidos.

Del nombre de uno situado en la llamada «categoría rema», en la de los pesos medios, porque los pesos medios tienen la pegada de los pesados y la agilidad de los «welters». Del nombre de uno en el ranking, que es ya como la lucecita del porvenir que empieza a ser de color rosa.

Richard le había hablado del Madison Square Garden.

De la emoción que produce el ring más famoso del mundo.

Y de una bolsa de diez mil dólares.

Y de la emoción del primer K. O. conseguido en el Madison.

Richard Avedon le había hablado de todo eso aquel día mientras ella le escuchaba atentamente, sonriendo, introduciendo de vez en cuando en la conversación frases de cortesía como si él fuera todo un personaje.

Lo recordaba muy bien.

Al final, ella le había dicho:

—No sé por qué te han traído aquí. Tú estás mucho mejor que los otros.

—Fue el último combate —había dicho él.

—¿El último combate?

—Sí. Una bolsa de cuarenta mil dólares y un verdadero campeón delante. Tuve la desgracia de que me cazara bien en el primer asalto, y de que en el sexto me volviera a cazar. A partir de entonces me limité a aguantar, a recibir, pensando sólo que por mi honor tenía que resistir en pie los doce asaltos. Que aquél había sido un combate de mala suerte, pero yo tenía que mantener mi dignidad. Lo peor fue que en el último asalto las cosas rodaron peor que nunca.

—¿Peor que nunca?

—Sí. Caí de nuevo.

—Debías haber abandonado...

—No. Jamás lo hubiera hecho. Faltaban sólo dos minutos para la última campana y a mí nadie me había dejado K. O. hasta entonces. Quería aguantar. Pero entonces cometí un error, o no sé si lo cometió el árbitro.

—¿El árbitro? ¿Por qué?

—Me había contado los ocho segundos de protección. Yo me puse en pie. Me consultó con la mirada si quería seguir. Yo le dije que sí. ¿Qué otra cosa iba a hacer? Los boxeadores jóvenes siempre decimos que sí, pero los árbitros deben tener experiencia y decir que no algunas veces. Yo tenía la guardia baja y estaba falto de reflejos. Pensé que podía aguantar unos segundos y entonces me recuperaría, pero el árbitro debió de comprender que en aquellas condiciones un nuevo impacto podía ser fatal. De todos modos, fue culpa mía. Sólo culpa mía...

Ella le había mirado profundamente.

—La dignidad nunca debe llevarse tan lejos —musitó.

—Uno no se da cuenta.

—¿Te derribaron?

—Recibí, de pronto, tres golpes seguidos, el último de ellos terrorífico, porque el rival pegaba a placer. No había podido subir la guardia ni darme cuenta de lo que estaba pasando. Cuando recobré el conocimiento, después del K.O., no recordaba nada.

—¿Por eso... te han traído aquí?

—Bueno... Los médicos dicen que se ha producido en mí un desdoblamiento de personalidad y que eso es grave, pero la verdad es que yo me siento perfectamente. A veces me da risa pensar que va en serio, eso de que me hayan metido con tantas docenas de locos.

Lorna había cerrado los ojos.

Sí, eso era lo que decían todos.

Nadie en un manicomio confiesa estar loco. Todo el mundo cree ser víctima de una maquinación o un error.

Pero Lorna le habla mirado con la mayor simpatía, casi con la mayor ternura.

Richard estaba seguro de que de esa mirada había nacido su amistad.

Hay cosas que nacen en un segundo y duran una vida.

Cosas...

Las gaviotas que llegaban desde el principio de la bahía alcanzaban chillando estruendosamente las orillas del Bronx. Richard movió la cabeza pesadamente, se puso en pie, arrugó el periódico y se puso a andar hacia un nuevo establecimiento de bebidas donde al menos no fuera tan visible. Mientras tanto, los pensamientos, los oscuros recuerdos le seguían atormentando.

Hila le había dicho:

—Toma, lee esta novela. Te distraerá.

Y le había dado el texto de Simenon.

A él no le gustaba Simenon.

Pero, por venir de Lorna, aquel libro se había transformado en el más importante del mundo. Hablaban con frecuencia de él, y en esas ocasiones, Lorna le llamaba Simenon. Por eso, Richard estaba convencido de que ella identificaría al que había puesto el anuncio en cuanto leyese la primera línea, y que, al mismo tiempo, ninguna otra persona lo podría identificar.

Pero era inútil.

Nada.

¿Por qué Lorna ya no compraba el Washington Post?

¿Es que ya no podía?

Y si era así, ¿dónde estaba?

Richard meneó la cabeza.

El tugurio en que se metió olía a agrio.

El caté que se bebió olía a sudor de mujer.

Lo sintió en el estómago como una losa. Pero se aguantó.

—Una ficha, por favor.

El teléfono estaba cerca de la puerta. Richard discó el número del manicomio, que conocía muy bien, y preguntó sin disfrazar la voz, porque en la centralita no la podían reconocer:

—¿La señorita Lorna Kleist?

—¿De parte de quién?

—Soy su casero.

—Un momento, por favor.

Una voz impersonal le contestó, al cabo de unos instantes:

—Lo siento, señor, pero la señorita Kleist falta de este establecimiento toda una semana. No nos ha dado explicación alguna, y eso le puede acarrear..., ¡ejem!..., graves problemas laborales. También estamos inquietos y pensábamos que usted sabría algo. Justamente en la dirección habíamos hecho algunas gestiones para tratar de ponernos en contacto con usted.

—Pues no sé nada —dijo él—. Lo... lo siento. No he podido hacer efectivo el alquiler, ¿sabe? Esto me perjudica.

Y colgó.

La nuca le dolía.

Ahora sabía que Lorna, desaparecida sin ninguna explicación, un triste domingo, no había vuelto a su trabajo. Que nadie conocía su paradero. Y él, que se había fugado del manicomio para buscarla, ¿qué iba a hacer?

Nunca Nueva York le había parecido una ciudad tan salvaje.

Nunca le había parecido tan misteriosa y, al mismo tiempo, tan inhóspita.

* * *

Claro que existía un sitio en el que Richard Avedon podía preguntar, haciendo indagaciones en él, pero ese sitio era el más peligroso de la ciudad. Se trataba del apartamento donde había vivido Lorna.

Richard conocía la dirección, pero también los directivos del manicomio conocían la amistad que le ligaba con la enfermera, aun sin suponer que las cosas hubieran llegado tan lejos, aun sin imaginar que Lorna y su paciente se habían convertido en amantes. Por lo tanto, como no eran tontos, habrían deducido:

Primero, que la fuga de Richard Avedon estaba relacionada de algún modo con la desaparición de Lorna Kleist.

Segundo, que el merodearía, tarde o temprano, por el apartamento de la chica.

De eso a suponer que la policía lo estaría vigilando, mediaba un solo paso. Y aunque él no estaba considerado como demasiado peligroso, al honorable municipio de Nueva York no le acaba de gustar que los locos anden sueltos por sus calles.

De modo que Richard se acercó a aquel apartamento con las máximas

precauciones. Lo primero que hizo fue observar la casa varias veces desde autobuses en marcha. Esa observación le valió para darse cuenta de que el edificio contiguo estaba dedicado a oficinas, y que en él entraba una riada de gente sin control alguno.

Un nuevo paso consistió en meterse varias veces en aquel edificio contiguo, saliendo poco después y encendiendo algún cigarrillo delante del conserje, hasta que éste llegó a conocerle. Y un nuevo paso aún consistió en llegar hasta el tejado y convencerse de que por él se podía saltar al edificio de apartamentos en que había vivido Lorna.

Todo eso ya lo había hecho Richard Avedon cuando alcanzó este día neblinoso en que tomaba cafés con olor a exudaciones femeninas y oía chillar a las golondrinas sobre el Hudson. Y decidió que esa noche se enfrentaría al peligro. Penetraría como fuera en el apartamento donde había vivido la muchacha.

Al anochecer, antes de que cerraran las oficinas, se puso manos a la obra. Entró en el edificio comercial contiguo, se despistó, se ocultó en la caja del ascensor, junto al tejado, y aguardó a que toda la casa estuviera vacía y no fuera más que un bloque de silencio.

Cuando tuvo la seguridad de que no iban a encontrarle, se deslizó hacia el tejado del edificio contiguo.

Las alturas no eran las mismas. Tuvo que descolgarse haciendo valer su agilidad de atleta.

Esa misma agilidad hubo de usarla pura descolgarse como un simio por la escalera de incendios de la parle posterior de la casa, forzar la ventana de un rellano y colarse en el interior. Luego buscó la puerta del que había sido apartamento de Lorna.

No tardó en forzarla.

En un manicomio, uno aprende muchas cosas, si tiene los ojos abiertos. Un manicomio es como una cárcel. Hay en él violadores, asesinos, ladrones que demuestran sus habilidades con la mayor tranquilidad... Y de todo un poco había aprendido Richard Avedon mientras pensaba en su única obsesión: el momento en que Lorna sería suya.

Por eso no le resultó tan difícil forzar la cerradura. Luego penetró en el apartamento, corrió todas las cortinas y encendió las luces.

Notó que la policía ya había estado allí.

Cosa natural. Denunciada la desaparición de Lorna, el primer acto de la Metropolitana había sido revisar el apartamento con autorización judicial, por si la chica estaba muerta entre las cuatro paredes.

Pero nada.

Fue de las huellas de un muy superficial registro, allí no se apreciaba la menor anormalidad.

Eso significaba que a la chica se la había tragado la niebla fuera de su casa.

Pero ¿dónde?

Una cosa que siempre hace la policía es investigar en las estaciones, los

aeropuertos y los muelles comerciales, además de pasar revista a las agencias de viajes y las casas de coches de alquiler. Había que suponer que ninguna de esas gestiones dio resultado, pues de lo contrario, lo sabrían ya los directivos del manicomio. Y cuando él telefoneó, no sabía nada.

Por lo tanto, Richard se dio cuenta de que tenía que encontrar las huellas allí.

O ya no las encontraría en ninguna parte.

Con todo el método del mundo, procedió a un registro. Fue analizando uno por uno los papeles que había en la habitación.

Las primeras luces del alba se insinuaban sobre los rascacielos de la ciudad cuando dio por terminado su trabajo.

De todos los papeles encontrados, sólo tres le llamaron la atención. Uno era una carta recibida de una agencia de viajes, en la cual se le decía a Lorna que en cualquier momento podía disponer de un billete para San Francisco, donde se alojaría en el hotel Olimpic durante unas breves vacaciones.

Otro correspondía a un hotel de Daytona que la admitía para un concurso donde iba a ser elegida la enfermera más bonita de Nueva York.

La tercera era de una tía de la muchacha, una mujer ya mayor, llamada tía Bussie, en la cual le daba cuenta de las ventajosísimas condiciones en que le había sido ofrecido un piso de medio lujo en las cercanías de Wall Street.

Ese tercer escrito era el que parecía tener menor importancia. De todos modos, Richard lo guardó, por si acaso.

Desde el propio apartamento, llamó al hotel Olympic de San Francisco.

Narices.

Ninguna Lorna Kleist había venido a pasar las vacaciones allí.

Llamó al hotel de Daytona.

Narices.

El concurso para elegir a la enfermera más bonita de Nueva York no había sido convocado todavía, según le dijo un somnoliento conserje.

Por lo tanto, estaba claro que la muchacha no había ido a San Francisco ni a Daytona. Cabía la remota posibilidad de que, por cualquier causa, hubiese ido a pasar unos días con su tía Bussie.

¿Desapareciendo allí?

Difícil, muy difícil.

De todos modos, Richard se propuso averiguarlo.

Como ya se acercaba la hora en que empezarían a entrar los primeros oficinistas, dejó las cosas en orden otra vez y realizó a la inversa el camino para pasar al edificio contiguo. Pudo conseguirlo gracias a la potencia de su musculatura, escondiéndose de nuevo en la caja de los ascensores.

Sobre las nueve y media de la mañana, bajó.

Parecía uno más de entre los que hacían gestiones rutinarias en las oficinas.

Como necesitaba reponer fuerzas, se fue al hotel.

Desayunó antes en la Tercera Avenida, a la altura de la Calle Treinta y Dos.

Luego se metió en cama.

Necesitó un somnífero. Dos.

Los nervios le pinchaban.

Pero consiguió dormir hasta las seis de la tarde, hora en que se dio una ducha tibia y se bebió un whisky doble. Estaba casi en forma cuando comió unos bocadillos frente a los almacenes Woolworth de la zona de Broadway.

Había oscurecido sobre la ciudad.

Sobre ésta flotaba la niebla baja.

Era una extraña y desconocida ciudad, una especie de túnel en el que le parecía no haber estado nunca, donde los faros de los coches trazaban lúgubres dibujos en la humedad del asfalto.

¿Por qué lo pensó?

¿Por qué se acordó de Malendon?

¿Por qué hubo de clavársele en la memoria otra vez el signo de Satán?

¿Por qué se dijo a sí mismo que quizá bajo sus pies, en el subsuelo de Nueva York, estaba el infierno?

Pero ¿quién sabe dónde está el infierno?

¿Qué cochina necesidad tenía de pensar en eso?

De pronto, se encontró ante las tumbas.

Le pareció despertar de un sueño.

Como si estuviera no sólo en otra ciudad, sino también en otro planeta.

Pero su cerebro volvió a acomodarse de nuevo a las cosas normales cuando se dio cuenta de que aquello no tenía nada de extraordinario, puesto que estaba ante el viejo y pequeño cementerio de Wall Street. Enfrente, las antiguas casas se alzaban silenciosas.

Vio la que le interesaba.

Sólida y respetable, pero casi lúgubre.

Con un cierto aspecto de fortaleza del Renacimiento.

Hecha con ladrillo rojo.

Richard atravesó la calle, donde ya empezaba a decrecer el tráfico, pasó por delante del portal y vio al conserje. Lo vigilaba todo con ojos rapaces y era tan anticuado como la propia casa.

Imposible entrar allí sin llamar la atención. Por lo tanto, el joven esperó su oportunidad a cierta distancia, entre el edificio y la verja del cementerio.

Esa oportunidad no tardó en presentarse. En una ciudad tan sobrecargada como Nueva York, esas cosas suelen ocurrir. Un coche aparcó sobre la acera, ante el edificio, y el conserje salió a llamarle la atención. Poco después, un taxi se detuvo detrás del primer coche, y una vecina salió con varios bultos. El conserje la ayudó y luego siguió hablando con el primer conductor, en un tono casi violento.

Era la ocasión de Richard.

Se coló en el edificio sin que el otro le viera.

Una vez allí, se encaró al ascensor parecido a un sarcófago. Había algo en aquel ascensor que no le gustó, como si fuera una máquina infernal, dotada de

cerebro propio, dispuesta a tragárselo a uno.

Tenía muchos metales dorados.

Cristales de un viejo color opalino.

Un asiento almohadillado que parecía hecho para que en él se sentaran los muertos.

El aparato le produjo una extraña e indefinible repulsión, pero no fue ésa la causa de que dejara de usarlo. Si decidió subir por la escalera fue para que el conserje no se diese cuenta de que el ascensor estaba funcionando, señal evidente de que alguien había entrado sin que él lo supiera. Y de ahí a iniciar una investigación había solamente un paso, puesto que en una ciudad como Nueva York no te puedes fiar de la gente que se mete en las casas de vecinos.

Esa fue la primera cosa que comprobó Richard mientras subía a pie: se trataba de una casa de vecinos. Todos los pisos correspondían a particulares, o sea, que no había oficinas comerciales allí.

Recordaba muy bien cuál era el piso de tía Bussie, a causa de la dirección leída en la carta.

El último.

Llegó a él y vio la puerta maciza.

Era como la entrada a un panteón.

Había algo lúgubre en aquel rellano, en aquella extraña puerta, y no se sabía bien por qué.

Detrás de aquella mole de madera tenía que hallarse por fuerza una mujer vieja o una mujer muerta.

Pero, de todos modos, Richard Avedon pulsó el timbre.

La puerta se abrió de golpe.

Y entonces aquella cosa sonrosada y caliente vino hacia él.

Vino aquel cuerpo de curvas potentes.

Aquella mujer completamente desnuda.

Aquella cabellera rubia.

Aquellos labios ardientes que hurgaron en su boca.

CAPITULO VI
EL NIDO DE LAS PLUMAS NEGRAS

La primera reacción de Richard fue de sorpresa, pues por nada del mundo hubiera podido imaginar aquello. La segunda reacción fue de «Bueno, aprovéchate». Y metió mano a la chica mientras ella le besaba.

Pero la tercera reacción fue ésta: «¿Qué diablos pasa aquí?»

Ya había comprobado mientras metía mano que la chica no era Lorna. Ya había comprobado también que difícilmente podía ser tía Bussie. Ya había comprobado que no la conocía de nada. Ya había comprobado, en fin, que la honrada damisela tan aficionada a los labios masculinos estaba borracha como una cuba.

La hizo retroceder poco a poco.

Ella se llevó un momento una mano al desordenado pelo mientras balbucía:

—¡Atiza! ¡No eres Johnny!

—¿Quién es Johnny? —preguntó Richard, cerrando la puerta.

—¿Quién va a ser? ¡Mi marido!

—Pues para ser tu marido, parece que no lo conoces demasiado bien. A primera y a segunda vista, lo confundes con otro.

Ella se dejó caer en unos cojines mientras decía con voz estropajosa:

—Es un hijo de la gran puta.

—Un matrimonio modelo —musitó Richard, mientras miraba las líneas obsesionantes de la chica—. No vivís juntos, ¿verdad?

—Hace dos años que no.

—¿Por qué?

Ella tuvo un atisbo de lucidez dentro de su borrachera, y bisbiseó:

—Ove, ¿a ti qué te importa?

—Nada, pero si me cuentas tu problema es posible que pueda ayudarte. En este mundo, nunca se sabe.

—Bueno... —tendida en los almohadones, a punto de dormir su borrachera, la desconocida se lo enseñaba todo—. Sí, claro... Claro que hemos sido un matrimonio desgraciado, un matrimonio de mierda... Pero no ha sido culpa mía, ¿sabes? Yo he trabajado como una idiota para mantener a ese cabrón de Johnny, mientras él se me jugaba la pasta cada noche. Se lo jugó todo, el muy marica. No se jugó su trasero porqué nadie lo quiso, y no se jugó el mío porque no se acordó de que estaba disponible. ¡Vamos, que cada vez que lo pienso...! Mira, macho, dame lo que queda de esa botella.

El se la dio. Hay que ser educado con las damas.

Después de beber las pocas gotas restantes, ella gimoteó:

—Nos echaron de la casa por falta de pago y yo tuve que vivir en una pensión. Dos años viéndonos, sólo de vez en cuando, y yo dispuesta a perdonarle, porque en el fondo es un gran tipo. Cuando nos acostamos, me

olvido de todo... ¡Ejem! Bueno, mi madre ya me decía que yo era una guarra. Pero hay cosas que una no acaba de olvidar... Oye, tú no serás amigo de Johnny, ¿eh?

Richard dijo, calmosamente:

—No.

—Uuuuuggg... Lo que te contaba. Ya pensaba que la cosa no tenía remedio, cuando el señor Bosser va y me dice que ha quedado libre este apartamento. Cuando va y me dice que puedo ocuparlo y pagar sólo cuarenta dólares al mes. De modo que yo voy y me pregunto: «¿Por qué no hacer el gran estreno con Johnny? ¿Por qué no tumbamos los dos patas al aire, ahora que la suerte ha cambiado?» De modo que voy y telefoneo a Johnny y hasta le envío un billete de cien dólares para que se arregle un traje y no desentone en este ambiente de gente fina... ¿Y qué piensas que estará haciendo el marica, en este momento? Pues jugarse los cien pavos mientras pierde hasta la camiseta. De su dulce mujercita que necesitaba un buen macho para celebrar los buenos tiempos, ni se acuerda... ¡Baaah! Oye, ¿y tú, por qué leches estás aquí?

Le miraba como si de pronto se diera cuenta de que hablaba a un ser vivo, no a una estatua. Richard musitó:

—Me he equivocado de piso, pero ya que estoy aquí, quiero ayudarte. En el fondo, yo estoy tan solo como tú.

—Pues menos mal, ondia... Alguien ha dicho que ésta es la ciudad de la gente solitaria... ¿No tienes whisky?

—Luego iré a "buscar una botella —mintió él—. ¿Quién es el señor Bosser?

—Una buena persona.

—Vive aquí?

—Sí.

—¿De qué le conoces?

—Yo estaba de oficinista de tercera clase en una compañía de seguros. El era uno de los principales agentes, un tío con una cartera de clientes así de gorda. Un día le conté lo de Johnny.

—No me dirás que quiso protegerte.

—No, no es de ésos.

—¿Pues por qué te ha instalado aquí?

—No me ha instalado. A ver si no eres tan chorra y das a las cosas el nombre que tienen, leches... Simplemente, este piso estaba vacío y me ofreció ocuparlo durante seis meses a un precio de risa, siempre y cuando lo conservara bien Los restantes propietarios ya estaban de acuerdo, porque esto pertenece a una especie de Junta... Supongo que, cuando yo me marche, lo venderán. Por eso lo han decorado de nuevo. Mira, mira...

Richard miró.

Y hubo de parpadear dos veces.

En efecto, todo lo que distinguía la vista, era nuevo.

Y modernísimo.

Moquetas de colores claros. Cojines por el suelo. Muebles de madera natural, con formas funcionales y cúbicas último grito. Posters por las paredes. Ambiente ligeramente hippy. Una mujer vieja y tradicional como seguramente fue tía Bussie, jamás pudo haber puesto los pies allí.

En resumen, que Richard se había confundido o la dirección estaba mal. En todo caso, vuelta a empezar.

—Magnífico —susurró—, que tengas suerte, nena.

Y fue a salir.

Pero ella se había puesto en pie.

Vacilaba.

—Johnny, hijo de puta —masculló.

—No soy Johnny.

—Pero serás igualmente un hijo de puta si me dejas sola esta noche. Nadie comprende que es mi gran noche, nadie se da cuenta de que yo, una desgraciada que siempre ha vivido bordeando Harlem, tengo por fin un apartamento de gran clase en pleno Wall Street. Y rodeada de gente respetable, eso sí... ¡Si supieras qué vecinos! Pero eso no importa, Johnny-como-te-llames... Tú no te llamarás también Johnny, ¿verdad?

—No —dijo él quedamente—. Mc llamo Richard.

—Poco importa. Eres más guapo que él.

Casi se le dejó caer encima.

—Y qué musculatura, chico...

Se colgó de su cuello mientras entreabría la boca Abriendo también un poco las piernas, susurró:

—Soy una viciosa, ya lo sé... Mi madre me lo decía. Hacer cosas a los hombres desde los quince años y no cobrarles nada. Una idiota... ¡eso es lo que soy, una idiota! ¡Y todos os aprovecháis de mí...! Pero yo necesito un macho a mi lado porque de lo contrario me siento muy sola, ¿entiendes? ¡Muy sola! Hala, no seas marica y ven... Sí me dejas en una noche como ésta, soy capaz de tirarme por la ventana.

Richard tragó saliva.

La chica podía hablar en serio.

Todo lo que dicen los borrachos puede ser terrible mente serio.

—No te dejaré —bisbiseó.

—¡Pues ven aquí, idiota!

Poca cosa tenía que quitarse ella. En todo caso, solamente retirarse el pelo rubio que le cubría en parte los ojos.

En cuanto a Richard, poco tiempo iba a tener para quitarse cosas.

Cuando se dio cuenta, ya rodaban por los almohadones.

Y hubo de constatar una cosa: si, eran realmente nuevos. Y sí, era realmente cómodos.

Como para hacer barbaridades.

* * *

Cuando estaban ya en la cama, y cuando en el cerebro de la chica se empezaban a disipar los humos de la borrachera, ella bisbiseó:

—Debes considerarme una puta...

—Nada de eso —dijo él, con la mirada perdida en el techo—. Solamente eres una buena chica que está sola. Y la soledad es mala.

—No lo sabes bien. Tú nunca has estado solo.

—Cada uno arrastra su propio fantasma —sentenció Richard—. Cada uno ve su propio fantasma y no el de los otros. Son cosas que ocurren.

Y añadió en un susurro:

—Oye, todo esto es nuevo. ¿Lo han amueblado para ti?

—No. Ya te he dicho que luego pensarán venderlo, o quizá alquilarlo a alguien que sea mejor que yo.

—¿Y los muebles antiguos? ¿Los que había antes?

—¡Yo qué sé! Las cosas viejas sirven para hacer leña.

—¿Sabes quién vivía antes aquí?

—no me importa. Esta casa tiene más de cien años. Y en todas las casas viejas ha vivido antes alguien. ¿Qué más da?

—Pero quizá te lo haya dicho Bosser...

—No.

—O el conserje...

—¿Esa momia? Sólo he hablado una vez con él, cuando me enseñó todo esto.

—¿Te dice algo el nombre de tía Bussie?

—¿Qué?

—Tía Bussie.

La chica arqueó una ceja.

—Decir, lo que se dice decir... —farfulló con voz insegura—, no me dice nada. Pero ahora que recuerdo Tengo la sensación de que el conserje retira las cartas que puedan venir a nombre de la anterior inquilina Ayer vi dos sobres en el buzón al salir, y cuando regresé ya no estaban.

—Es natural que los recoja para devolverlos, puesto que la antes inquilina ya no vive aquí. ¿Pero llegaste a ver el nombre?

—No. Aunque oye...

—¿Qué?

—Esta mañana ha venido un tío a cobrar un recibo de una Mutua de Seguros. Ha preguntado por..., por... sí, por algo como Bussie-no-sé-qué.

Richard sintió que se encajaban con fuerza sus mandíbulas.

Había llegado a una cierta meta, pero ahora se daba cuenta de que las cosas estaban peor de lo que imaginó. No solamente había desaparecido Lorna, sino que también había desaparecido tía Bussie, la única pariente que ella debía tener en el mundo.

—El fulano aquél miró unas notas y me pidió disculpas —continuó la

chica—. Entonces se dio cuenta de que la tal Bussie había muerto. Resulta que lo tenía apuntado. Pero me dijo que esas cosas ocurren y que a veces los difuntos aún reciben cartas y facturas, hasta que se les borra de las listas. Escucha..., ¿por qué hemos de hablar de esa porquería? ¿Por qué no hacemos otra vez el amor?

Richard bisbiseó:

—Bueno...

Pero tenía la cabeza en otro sitio. Menos mal que ella estaba tan cansada que no notó su falta de entusiasmo, y poco a poco se fue quedando dormida. Un fracaso total para Richard, porque eso de que a uno se le duerma una tía en los brazos ya es el colmo, pero aunque parezca mentira le significó un alivio.

Y es que, a veces, uno no está para lo que hace.

Luego fue a la ducha.

Al regresar repasó los cuadros de las paredes. Eran reproducciones bien hechas y de cierto precio. Pudo observar que una de ellas estaba mal colgada, y que el clavo iba a desprenderse.

La descolgó para asegurarla mejor.

Y de pronto quedó sin aliento.

Con los ojos extraviados.

Los dedos temblorosos.

Porque estaba allí» pintado en la pared.

El signo del diablo.

CAPITULO VII
A FONDO

Richard Avedon tuvo la sensación de que tardaba un tiempo infinito en reaccionar. De repente crujieron sus mandíbulas, pero él no llegó ni a darse cuenta de eso. Tuvo que hacer un esfuerzo enorme para serenarse, para pensar..., sobre todo para poder pensar...

Era el signo del viejo Malendon, el mismo que creía que el infierno estaba en el subsuelo de Nueva York. El signo del viejo pesimista que acabó loco a causa de su maldita idea. El que no pudo soportarla y terminó colgando del gancho de una de las lámparas del manicomio.

Richard se pasó lentamente las manos por el rostro. El frío imperaba en Nueva York, y sin embargo, él estaba sudando.

El pobre Malendon no había llegado por pura casualidad a descubrir aquel signo. No. Todo era fruto de largos años de estudio, de revolver por las bibliotecas, de hablar con los dirigentes de los centros satanistas, de los círculos pseudoreligiosos que adoraban al diablo... El viejo Malendon sabía que aquél era el signo del infierno, y si acabó suicidándose fue porque no pudo soportar la idea de tenerlo tan cerca.

Y eso significaba que aquel signo ERA VERDAD.

Las gotitas de sudor seguían resbalando por las sienes de Richard.

¿Quién había vivido antes allí? ¿Tía Bussie? ¿Qué relación tenía entonces ella con el signo del infierno?

¿Y Lorna? ¿Tenía ella también alguna relación con aquel signo?

¿Por eso había desaparecido?

Las preguntas se amontonaban en el cerebro de Richard.

Pero algo le decía que había ¡legado al centro de algo monstruoso, de algo que estaba más allá del entendimiento humano. Por un momento, una especie de chispazo pasó por su cerebro para decirle que quizá el infierno se encontraba debajo de aquella casa.

Pero fue sólo eso: un chispazo.

En seguida abandonó la idea.

Contribuyó a eso el hecho de oír un crujido a su izquierda. Se volvió y pudo ver que la chica se había despertado. Con voz pastosa, ella preguntó:

—Oye..., ¿no estábamos haciendo el amor tú y yo?

—Ya lo hemos hecho.

—Pues ni enterarme, chico...

Y añadió:

—Los hombres de ahora sois una mierda. Johnny sí que es un gran chico.

—Lo lamento, muñeca. Uno hace lo que puede.

—Oye..., ¿qué pasa contigo, tío? Estás muy raro... Aunque debe de ser porque ahora me doy cuenta de que no te he dicho mi nombre.

—No, no me lo has dicho.

—Yo soy la Lily.

—Encantado de conocerte, Lily. Quiero hacerte una pregunta.

—Hazla, hombre... Si te refieres al tiempo en que me gusta hacer el amor, te diré que de cero a veinticuatro horas.

—No. Me refiero a este signo que estaba oculto por el cuadro. Tú no lo habías visto, ¿verdad?

—Ni idea, chico. Además..., ¡qué signo tan raro! ¡Qué chorrada!

—¿Te dieron el apartamento completamente amueblado?

—Sí.

—Ya veo. Reformaron algunas moquetas, pusieron muebles nuevos y alegres... Pero no tuvieron tiempo de pintar las paredes, y ese signo quedó. Para que no lo vieras, lo ocultaron detrás de este cuadro.

—¿Para que no lo viera...? ¿Y quiénes hicieron eso?

—No sé. El señor Bosser, por ejemplo.

—El señor Bosser no es más que un portavoz de la junta de propietarios, y si me quiso dar de momento un sitio acogedor fue porque le resulto simpática. Pero detrás de esto no hay nada raro, te lo aseguro.

Richard Avedon movió la cabeza pensativamente.

—La verdad es que no entiendo nacía —musitó—, pero esto no va a quedar así.

Como va había empezado un nuevo día, como la actividad febril ya volvía a imperar en las calles de Nueva York, se vistió y salió a la calle. La chica le despidió desde la cama con un suave mohín.

—¿Volverás?

—Seguro, Lily, seguro... Voy a hacer sólo una pequeña pesquisa.

—¿Dónde?

—En la funeraria.

Ella suspiró con voz espesa:

—Eres un gafe. Vete a la mierda. Oye...

—¿Qué?

—Cuando vuelvas, me traes un vibrador.

El había cerrado la puerta con lástima y con rabia a la vez.

Empleó el ascensor.

Esta vez no quería disimular. Necesitaba saber qué clase de reacciones tenía aquel conserje de la cara de muerto.

Marcó la planta baja, que estaba escrita con todas las letras entre dorados e imitaciones de marfil que daban a ciertas partes del interior de la caja un aspecto de ataúd rococó.

Perfecto: la planta baja.

Sin problemas.

¿Y por qué iba a tener problemas un ascensor?

El conserje le miró inquisitivamente.

—¿De dónde viene, señor?

—He traído un recado.

—¿A quién?

Richard mintió con toda naturalidad.

—Al señor Bosser —dijo.

—Bien... Perdone, pero es que como no le he visto entrar me he permitido preguntarle.

—Cuando he entrado, usted no estaba.

—Habría ido a recoger los periódicos. De acuerdo, muchas gracias.

Richard Avedon le dirigió una sonrisa inexpresiva y salió.

Fue a las oficinas funerarias del Ayuntamiento de Nueva York. Hay muchos establecimientos privados que se dedican a comerciar con los cadáveres, pero toaos los datos de las diversas funerarias pasan por un registro central, y Richard investigó allí.

Era un problema no conocer los apellidos de tía Bussie. Pero al menos el domicilio le sirvió de guía.

Y encontró los datos. Defunción por causas naturales. Ningún problema. Allí no se escondía ningún misterio, porque la muerte de tía Bussie había sido como la de centenares de seres anónimos en la inmensa Nueva York.

Comparando las fechas, Richard llegó a la conclusión de que la defunción se había producido cuando Lorna estaba pasando fuera de la ciudad unas breves vacaciones, por lo que era muy posible que ni se hubiese enterado del hecho. Más tarde debieron avisarla para que se hiciese cargo de los efectos de la muerta, ya que ella era su única pariente. Incluso recordaba que Lorna le había dicho algo de un fastidioso asunto familiar que tenía que resolver, y al que iba dando largas.

¿Lo del apartamento de tía Bussie?

¿Había ido Lorna allí?

¿Y había desaparecido?

Richard hizo crujir los nudillos mientras se detenía absorto en una de las esquinas de Manhattan.

Los pensamientos le desbordaban. No se daba cuenta ni siquiera de en qué sitio de la ciudad estaba. Pero de una cosa se sentía seguro: había dado con el principio de un camino y lo seguiría hasta el fin. No le importaba lo que pudiera suceder. Atacaría a fondo...

Casi repitió las palabras, como si las acariciase.

—A fondo...

Y en ese momento una mano se posó en su espalda. Era una mano recia, dura, que le produjo un estremecimiento.

CAPITULO VIII
EL LADO SECRETO DEL UNIVERSO

Lily tardó en despertarse, porque después de la marcha de Richard se había quedado hundida en un sueño tranquilo y reparador. Cuando abrió los ojos de nuevo, se había disipado por completo la borrachera y la penumbra volvía a imperar ya otra vez en las silenciosas habitaciones.

Debía ser muy tarde.

No comprendía cómo había podido dormir tanto.

Con voz insegura, recordando a su paciente amigo de horas antes, llamó:

—¡Richard! ¡Eh! ¡Richard!

Nadie le contestó.

Resultaba que él no había vuelto.

La oscuridad se estaba haciendo más compacta en tomo suyo, de modo que encendió la luz. Pero la luz estaba estropeada. Bruscamente, la muchacha se sintió prisionera en aquella penumbra que se iba haciendo tan compacta como la de una tumba.

Se estremeció.

Al principio había pensado ser feliz en aquel apartamento, pero ahora se daba cuenta de que había en él algo que helaba la sangre.

No lo entendía.

No hubiera sabido definirlo, pero estaba allí.

Algo misterioso e impalpable.

Deseando librarse de aquella sensación de pesadilla, fue al cuarto de baño y se dio a oscuras una ducha. Luego buscó una vela y eso le permitió vestirse y arreglarse un poco. Al fin, salió del apartamento.

No podía seguir así, encerrada como una tonta.

Iría a comer algo. Mientras tanto, quizá Richard volvería, si es que volvía alguna vez.

Lo más probable era que ya se hubiese olvidado de ella.

Al abrir la puerta, parpadeó.

Tuvo una sorpresa, porque allí, en la escalera, sí que había luz.

Y el ascensor esperaba.

Estaba allí quieto, como un túmulo colgado del aire.

Con su silencio.

Con su extraña luz opalina.

La muchacha pensó: «Bueno, ni que lo hubieran adivinado.»

Entró y pulsó el botón de la planta baja.

La máquina empezó a funcionar.

Suavidad.

Silencio.

Lily fue contando maquinalmente los pisos, porque había en aquel ascensor algo que no entendía y que no le gustaba, como si fuese a tragársela.

Primero... Principal... ¡Planta baja!

Pero entonces ocurrió algo extraño.

No tenía sentido.

El ascensor...; siguió!

La muchacha trató de abrir las puertas.

Inútil. Una fuerza superior a la de sus músculos las mantenía quietas. Silenciosa y suavemente, la caja continuó descendiendo.

Lily pensó: «Habré bebido.»

Y, de repente, el ascensor se detuvo.

Los ojos de la hembra se dilataron de horror.

Tuvo que tocarse la cara y arañarse a sí misma, porque algo le dijo que aquello no podía ser. Que estaba sufriendo una pesadilla.

Pero las uñas se hundieron en su carne.

No, no soñaba.

Las puertas se abrieron por sí mismas.

Aquel universo alucinante avanzó hacia ella.

Hombres y mujeres desnudos.

Con la piel espantosamente roja.

Con uñas afiladas como cuchillos.

Con los ojos fuera de las órbitas.

Y las llamas brillando al fondo como una maldición.

Llamas que lo llenaban todo. Que parecían envolver el universo entero, como si todo él fuese una hoguera.

Fue entonces cuando la idea espantosa e increíble penetró en la mente de Lily con la fuerza de una flecha.

Estaba... ¡en el infierno!

¡Un infierno en el subsuelo de Nueva York!

¡El otro mundo!

Chillando con todas sus fuerzas, vomitando su miedo y su asco, Lily se pegó en el fondo del ascensor, tratando de huir, mientras docenas de zarpas venían hacia ella. Mientras varias caras se acercaban, se acercaban... ¡lo llenaban todo!

Lily se fijó en algunas de aquellas caras.

Y entonces el grito de horror se repitió. Fue más lacerante, más duro, más infrahumano que antes.

El miedo la dominó de tal forma que fue incapaz de resistir. Las fuerzas la habían abandonado por completo.

Era una especie de pingajo abandonado a su abyecto destino.

Pero su cuerpo seguía siendo de primera clase, y eso se pudo apreciar perfectamente cuando las zarpas ansiosas le arrancaron los vestidos. Ni las prendas más íntimas le fueron respetadas. Las medias y los sujetadores saltaron hechos jirones.

Lily volvió a chillar desesperadamente.

Los ojos se le salían de sus órbitas.

Vio que la llevaban en volandas a una especie de mesa o altar... ¡junto al que había un signo que ella conocía!

¡El signo que había en su propio apartamento!

¡El que estaba oculto por un cuadro!

Intentando desasirse, la chica chocó de cabeza contra aquella especie de altar, pero fue inútil. La sujetaron férreamente y la ataron a él.

Entonces los vio bien.

Eran como una visión alucinante, del otro mundo.

Hasta las mujeres estaban excitadas.

Se notaba.

Aquélla iba a ser una orgía de sexo y de muerte.

¿Pero por qué? ¿En qué rincón del infierno estaba? ¿DONDE?

Las respuestas se confundieron en su cerebro, quizá porque no había respuesta.

Vio que uno de aquellos seres satánicos se inclinaba sobre ella.

Estuvo a punto de perder el conocimiento.

Ya ni los gritos partían de su garganta.

Estaba al borde de que el corazón se le parara.

La vida se le iba.

No hubiera sabido decir cuántos hombres y mujeres —por llamarlos de algún modo— pasaron sobre ella, todos realizando los mismos o parecidos actos inmundos. Ni el tiempo ni el espacio existían ya para Lily, que estaba tan sólo embargada por un confuso sentimiento de asco, de desesperación y de muerte. Al contrario de Lorna, ella no se había molestado en leer nada sobre el infierno y no sabía si allí existía la eternidad o no. pero algo le removía las entrañas y algo le decía que aquello no iba a terminar nunca.

Unos cánticos lúgubres llenaron entonces el espacio.

Eran unos cánticos que llegaban desde el fondo del Más Allá.

Lily se sentía manchada, envilecida, pues lo mismo hombres que mujeres se habían saciado obscenamente en ella, haciendo que la muchacha sintiese asco de sí misma. Sin embargo, seguían sujetándola y tirándole del pelo para que se estuviese quieta.

Entonces la levantaron.

Estaba a punto de perder el conocimiento.

No podía más.

Noto que la llevaban en volandas.

Y entonces, del fondo de sus entrañas, que estaban removidas por el asco, brotó de nuevo el horror.

No lo entendía.

Su cuerpo se contorsionó angustiosamente en el aire, en los últimos espasmos de una resistencia inútil.

Porque se dio cuenta de que... ¡de que la iban a arrojar a las llamas!

¡A aquel abismo donde rugía el Más Allá!

¡Donde palpitaba la más increíble de las muertes!

Su hermoso cuerpo trazó en el aire una última y trágica pirueta cuando la lanzaron sobre aquel universo rojo.

La carne reventó contra las llamas.

Palpitó.

La boca se desencajó en un grito angustioso, alucinante, que lo llenó todo.

Pero nadie debió oírla. Los cánticos seguían y seguían. En aquel universo fuera de toda comprensión humana, llenaban el aire.

CAPITULO IX
LO SIENTO, MACHO

Richard Avedon se había vuelto.

Notaba en su cara el aire frío de aquella esquina de Nueva York, pero también notaba en su costado el contacto frío del cañón del revólver.

La voz apoca advirtió:

—Más vale que no lo intentes, Richard.

Richard no lo intentó. Había tumbado a gorilas como aquellos en el ring, pero eran dos y además llevaban armas. Por si eso fuera poco, los uniformes azules de la Policía Metropolitana hablaban por ellos.

—No soy peligroso —susurró—. Tampoco hacen falta las armas.

—Todo fugitivo del manicomio puede ser peligroso —gruñó uno de los policías—, y la ficha que han repartido por todas partes dice que no eres de fiar. Pero si te comportas como un buen chico, puede que no haya que emplear la violencia. ¡Hala, entra!

Le señalaban el coche patrulla que estaba a poca distancia. Richard lanzó una maldición dirigida contra sí mismo al darse cuenta de que no había tomado ninguna precaución, obsesionado como estaba por la idea de la desaparición de Lorna. Un hombre buscado no puede pasearse demasiado tiempo impunemente por las esquinas de Manhattan

Farfulló:

—Lily...

Porque también tenía miedo por ella. Porque sabía que no iba a poder volver al sitio donde la muchacha aguardaba.

Por un momento pensó en resistirse y en tratar de huir. Un ramalazo de desesperación le recorrió.

Pero los policías disparan antes contra un loco que contra un criminal, porque a causa de un loco, nadie reclama. Por lo tanto desechó la idea.

Una vez estuvo en el patrullero, los agentes le trataron bien. Le dieron un cigarrillo y le hablaron de cosas indiferentes, como si fuera un chico un poco idiota. Luego, uno de ellos, gruñó:

—Lo siento, macho, pero es por tu bien.

Richard se encontró de pronto en aquella habitación.

No le habían atado.

Pero era una habitación acolchada.

Resultaba imposible matarse allí, ni siquiera arrojándose de cabeza contra las paredes. Por otra parte, le habían quitado la corbata, el cinturón y los cordones de los zapatos. Las posibilidades de suicidarse resultaban mínimas.

Claro que él tampoco quería eso.

Todo lo contrario... ¡él quería luchar!

Con la cabeza entre los brazos, dominado por la impotencia, se sentó en el suelo y tuvo la suerte de perder la noción del tiempo. Cuando pudo

reaccionar, la habitación estaba sumida en una especie de penumbra.

¡CHASK!

La luz se había proyectado de lleno sobre él. Las caras de los dos hombres que estaban tras el foco parecían las de dos enormes peces. Sus bocas se abrían y cerraban sin producir ningún sonido.

No sabía cuánto tiempo había pasado.

Richard cerró los ojos.

¿Nombre?

¿Profesión?

¡Es inútil que te hagas el idiota! ¡Lo sabemos todo sobre ti!

No, no sabían nada. Estúpidos policías que gritaban y gritaban sin saber que este mundo es muy frágil y que tenían el infierno debajo mismo de sus pies. Ridículos funcionarios que no entendían nada, excepto las ordenanzas de la Metropolitana. ¿Ellos qué sabían del Más Allá? ¿Ellos qué sabían acerca del Todo?

«Me estoy volviendo loco de verdad —pensó confusamente el joven—. Me está ocurriendo como al viejo Malendon...»

Por eso se negó a contestar a las preguntas, y al fin los dos policías acabaron marchándose. Fueron sustituidos por alguien más inteligente que ellos, o que al menos conocía mejor el terreno que pisaba.

El médico recién llegado le ofreció un cigarrillo. Luego musitó:

—Yo te había visto boxear muchas veces, Richard.

Richard alzó de pronto la cabeza.

—¿Sí? —musitó.

—Puedes confiar en mí. Yo no soy como esos.

—¿Esos? ¿Los policías? Es igual. No me fío de nadie.

El médico le dio fuego.

—Más vale que hablemos claro, Richard —susurró—. He visto tu ficha y tengo un alto concepto de tu inteligencia. Lástima que los golpes recibidos en el ring te acabaran dallando el cerebro; te acabaran conviniendo en un despojo.

Richard Avedon rió lentamente.

Y sí. Su risa era la de un hombre que sabe lo que hace y sabe lo que piensa.

Todo ¡o contrario de lo que el médico creía.

—No sufrí lesiones en el ring —murmuró.

—¿No?

—Fue un K. O. Eso es todo.

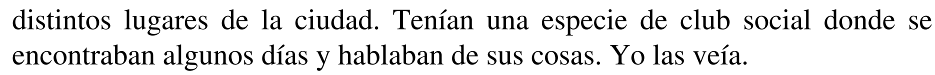
—Pero te llevaron a una clínica...

—Cierto. Y durante un tiempo no tuve la cabeza sobre mis hombros, eso también es verdad. Pero reaccioné con más rapidez de lo que todos ustedes esperaban.

—¿Qué quieres decir?

Richard pareció desviar la conversación cuando musitó:

—En aquella clínica se reunían bastantes enfermeras procedentes de


distintos lugares de la ciudad. Tenían una especie de club social donde se encontraban algunos días y hablaban de sus cosas. Yo las veía.

—Sí. ¿Y qué?

—Una se llamaba Lorna.

—¿Y qué?

—Me enamoré de ella.

El médico, sentado en el suelo como él, quizá para darle más confianza, expelió una lenta bocanada de humo.

—¿Te conocía? —musitó.

—No.

—¿Tú a Lorna?

—Tampoco. No hace falta conocer a una mujer para enamorarse de ella. Simplemente, la oía hablar a través de la mampara de la sala de descanso. Yo sabía que era ella, conocía su voz. Tenía más inteligencia, más sensibilidad que las otras.

—Eso no explica nada, Richard.

—A! contrario: lo explica todo.

—¿Por qué?

—Supe que trabajaba en una clínica mental al servicio del Estado. Bueno..., en un manicomio público, para que nos entendamos todos Y que yo podía ir a parar muy fácilmente a su sección si realizaba determinados actos que, por otra parte, todo el mundo estaba espetando que realizase.

El médico tragó aire con dificultad.

—O sea, que fingiste estar tarado...

—Sí. Improvisar unos cuantos desdoblamientos de la personalidad no era tan difícil, sobre todo cuando todo el mundo estaba pensando que eso tenía que llegar. En los periódicos empezaron a aparecer artículos que decían siempre lo mismo: «Richard Avedon, una joven promesa destrozada para siempre por la crueldad del boxeo». Cada vez que yo abría la boca, la gente lo tomaba como una nueva muestra de locura. En fin, que no tuve el menor problema para Ir a parar justo al sitio donde a mí me interesaba ir.

El médico le miró con redoblada atención, mientras pestañeaba.

Tenía la suficiente experiencia para saber que aquel hombre decía la verdad. Que no estaba improvisando una historia fantasma.

—¿Junto con Lorna? —musitó.

—Sí.

—¿No era un precio demasiado caro para estar al lado de la mujer que te gustaba?

—Lorna me obsesionaba, y cuando una mujer obsesiona a un tío, éste no mide el precio que le cuesta. Además, tampoco pasaba nada grave. Podía estar en una habitación de pago, puesto que la Federación me ayudaba con unos subsidios. Me trataban bien. Y mi amistad con Lorna, fue pronto un hecho.

—¿Hasta dónde llegó esa amistad?

Richard cerró un momento los ojos.

Le dolía decirlo, pero hay momentos en que más vale esgrimir el arma de la verdad.

—Fue mi amante —musitó.

—¿En el propio manicomio?

—Allí había muchas ocasiones para vernos.

—¿Y eras feliz?

—Sé que eso le puede parecer ridículo a mucha gente, pero fue la época más tranquila y feliz de mi vida.

—Entonces, ¿por qué huiste?

La voz de Richard saltó como un cable de acero:

—Porque busco a Lorna —dijo.

—¿Es que ella se marchó del manicomio?

—Desapareció. Si se molesta en investigar en las órdenes de busca de la Metropolitana, verá que la policía está tras sus huellas.

El joven médico cabeceó lentamente. En sus ojos brilló una chispita de inteligencia y al mismo tiempo de comprensión. Al fin sonrió, mientras musitaba:

—Es una historia increíble...

—Y usted no la cree, ¿verdad?

—Al contrario, en este mundo, las historias increíbles son las únicas que se pueden creer, porque no han sido preparadas por nadie. Porque todo en ellas es espontáneo.

Richard Avedon le miró también fijamente.

Hubo una precisión hipnótica en aquellos ojos donde comenzaba a brillar la esperanza.

—¿Entonces por qué no me deja buscar a esa mujer? —susurró.

—¿Eso es lo que estabas haciendo en Nueva York?

—Sí. Por eso huí del manicomio y por eso no me moví, en cambio, de la ciudad, cuando pude hacerlo perfectamente. Tengo una pequeña suma de dinero y los documentos en regla.

—Creo que empiezo a pensar que dices la verdad, Richard Avedon. Pagaste un precio exagerado por la compañía de una mujer, pero ése es asunto tuyo. En cambio no has estado loco jamás. Ya he notado algunas cosas raras en tu expediente cuando la policía me ha ordenado repasarlo.

—Pues entonces, ayúdeme.

El médico movió la cabeza lentamente.

—No puedo hacerlo porque eso depende de la policía, no de mí. Seguro que te retendrán unos días en espera del informe que permita devolverte al manicomio, pero yo haré que ese informe tarde tres días o más. Cuando venga a traerlo, pediré hablar contigo. Nos reuniremos en uno de los locutorios sin vigilancia, pues yo tengo facultades para pedir eso.

El joven apretó sus poderosos puños.

—¿Y...? —musitó.

—Si entonces te escapas, es asunto tuyo. Yo no soy un policía. Puedo tener

una distracción, ¿no...? ¿O no puedo tenerla?

Richard le tendió la mano lentamente.

—Tres días... —susurró—. ¿No puede ser antes?

—Sería jugar con fuego. Hay que dejar un plazo mínimo para evitar que sospechen.

—De acuerdo, doc... Confío en usted.

—Y yo creo en ti. Pero te impongo una condición.

—¿Cuál?

—No quiero violencias. Y lo que tú averigües, lo debe saber la policía.

—Eso es lógico. Yo no trato de ser el juez de nadie. Sólo intento encontrar a Lorna.

—Me parece un pensamiento lógico.

—Pero hay un problema, doc. Es difícil para mí ponerme en contacto con la policía si descubro algo, porque me estarán buscando. Hasta las llamadas anónimas desde una cabina pública pueden ser peligrosas.

—No te preocupes, Avedon. Iba a hablarte precisamente de eso. Puedes pasarme las noticias a mí y yo las comunicaré a la policía con las debidas precauciones para garantizar tu seguridad.

—Es una buena idea, doc. Ya me comunicará el modo más seguro para actuar.

—Por descontado. Pensaré en eso. Y ahora, recuerda una cosa, Avedon: el hecho de que crea en ti no me compromete a nada. Incluso es posible que piense mejor sobre el asunto y me vuelva atrás. Pero si te facilito la libertad, debes obrar con la máxima prudencia para no comprometerme.

—Cuente con ello. ¿Cree que estoy loco?

El médico rió ante aquella respuesta que tenía su lado cómico y bien cómico.

—No lo sé —dijo—. En todo caso, éste es un experimento que quiero hacer. Puede que haga más tarde un gran informe médico sobre lo ocurrido o puede que me cueste la expulsión, pero es un riesgo que estoy dispuesto a correr. Y ahora recuerda mi nombre, aunque debes ocultar a todo el mundo esta conversación. Me llamo doctor Finney.

—Doctor Finney. No lo olvidaré.

—Suerte, Avedon. Y paciencia por tres días.

—Suerte, doc. Y gracias.

Los dos se separaron.

Richard Avedon quedó solo nuevamente en aquella habitación acolchada donde volvía a imperar un silencio mortal.

Tres días...

Tuvo la oscura sensación de que aquello, en cierto modo, también era el infierno.

CAPITULO X
LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD

El pensamiento, el recuerdo de Lorna le aterraba.

Y también le aterraba el recuerdo de Lily. Se preguntaba una y mil veces qué habría sido de las dos. Mientras paseaba de un lado a otro de la pequeña celda, como una fiera enjaulada, sentía una y mil veces como si su cerebro fuera a estallar.

Jamás había sentido tanta impotencia.

Una desesperación tan oscura.

Y, cosa singular, el pensamiento de que el infierno pudiera estar en el propio subsuelo de Nueva York, le parecía cada vez más real. Era una idea que le llegaba a aturdir y que le obsesionaba.

Pero todo se desarrolló tal y como el doctor Finney había prometido. Tres días después de su detención, le llamaron a locutorios.

Era un sitio excelente para escapar.

Sólo un estrecho pasillo separaba aquello de las grandes ventanas que daban a la calle.

Finney estaba algo cansado, pero le saludó cordialmente y puso sobre la mesa una serie de fichas, como si quisiera realmente someterle a un largo interrogatorio. Cuando estuvieron solos, sin embargo, abandonó todo aquel tono oficial y murmuró:

—He mirado en las órdenes de busca de la policía, Avedon.

—¿Y qué...?

—En efecto, Lorna figura como desaparecida.

—¿Han... averiguado algo en este tiempo?

—No, nada.

—¡Es absurdo!

Finney hizo un gesto pesimista.

—Bueno..., ¿qué puedo decir? Docenas de personas desaparecen cada día en Nueva York, y la policía ya actúa en esto de una forma rutinaria Pero tú es posible que consigas algo, si pones los cinco sentidos en ello.

—Los pondré.

—Repito lo que te dije: nada de violencias y nada de ilegalidades. El problema policiaco que te importa a ti, me importa a mí en cambio muy poco, pero también hay aquí un experimento médico que me apasiona.

—Como le apasionó a Lorna trabajar de enfermera a fin de poder escribir algún día unos reportajes y un libro sobre las interioridades del manicomio —susurró Richard.

—¿De veras quería eso?

—Era la única razón de que estuviera allí.

Finney chascó dos dedos.

—Magnífica mujer, pero eso no vamos a discutirlo ahora. Lo que debes

intentar es huir. Yo sólo gritaré cuando tú nayas saltado por una de las ventanas, que justamente he dejado abierta.

—¿A la izquierda del pasillo?

—Sí.

—¿Hay vigilancia exterior?

—No siempre, pero de vez en cuando pasa la ronda. Ese es un riesgo que debes correr. No se puede calcular todo.

—Comprendo, doc.

—Suerte, Avedon.

—¿Cómo estaremos en contacto?

Finney le dio un número de teléfono.

—¿Lo recordarás?

—Sí.

—Siempre descolgaré yo mismo después de las cinco de la tarde.

—Okey.

Una nueva mirada. Un simple apretón de manos.

Y Richard pensó en una vieja película que habla visto rodar: «Luces... ¡Cámara...! ¡ACCION!»

Salió al pasillo.

La ventana abierta.

¡ABAJO!

En seguida el grito del médico.

—¡Eh, ése! ¡Que se escapa!

Richard dio un fantástico salto.

La bala le rozó la cabeza.

¡Infiernos!

De no haber dado un salto con tanta agilidad, el plomo le hubiese perforado la sien. Bruscamente, como en una visión de pesadilla, se dio cuenta de que dos policías medio parapetados tras un coche disparaban a malar. Había tenido una perra y puñetera suerte al encontrarse de narices con la patrulla.

Pero ahora ya estaba liada.

Sabía muy bien que la bofia considera más peligrosos a los locos que a los criminales. Ahora ya no podía retroceder. Richard pasó materialmente volando sobre el capó de otro coche, haciendo gala de una preparación física que le pudo llevar a los mejores rings del mundo. Otras dos balas le pasaron lamiendo los testículos, que son uno de los peores sitios donde las balas se pueden poner a lamer.

Richard apretó los puños.

Vio un uniforme azul que se le venía encima.

Un revólver de reglamento.

—¡Eh, tú! ¡Alto o disparo!

Richard pensó: «Buen chico. Eres mejor que los otros.»

Algún día, él haría un donativo para el Monumento al Policía

Desconocido.

Pero, por el momento, lo que le largó fue un guantazo estremecedor. En un ring, aquel golpe le hubiese dado el campeonato americano. El policía soltó su arma, giró un poco y quedó K. O., al menos por la cuenta de ochenta.

Richard se apoderó de su arma.

El sabía que nunca había sido un cabrón.

Pero ahora lo parecía.

Casi metió el revólver en la boca de la mujer, a través de la ventanilla del coche que se había detenido ante el semáforo.

—¡Tú, baja!

—¡Voy a buscar a mi novio!

—Pues esta vez, el sobeo os lo tendréis que dar en el autobús, nena. ¡Abajo!

Tuvo que tirar de ella, porque la chica se resistía y los policías ya habían empezado a correr hacia allí. De todos modos, no le hizo ningún daño. Se metió en el «Chrysler» entre una ensalada de tiros que no iban hacia sus neumáticos, sino hacia su cabeza.

De todos modos, pudo escapar y perderse en el tráfico. La suerte que había tenido de espaldas se le puso de cara cuando una fila de colegiales se puso atravesar la calle por el paso cebra, bloqueando el coche de los policías. Un par de semáforos que a cambiaban a rojo y que aún le dejaron margen para pasar, terminaron de poner a sus perseguidores en un cruce donde no podían avanzar ni retroceder, entre las maldiciones salvajes de los conductores atrapados. Así pudo llegar él a la Avenida Doce.

Buen sitio para desprenderse del arma.

No quería tener tentaciones de usarla Finney le había dicho que ojo con la ley, y Richard respetaba su palabra.

Arrojó el arma al Hudson.

Lugo abandonó el coche robado.

Anduvo hasta la Avenida Ocho.

Un taxi.

«Tranquilo, muchacho.»

Ahora estaba seguro de que nadie le seguía, como estaba seguro de que no iba a poder dormir en ningún sitio público de Nueva York, porque la bofia lo controlaría todo. Pero la casa de ladrillos rojos, la casa de donde Lorna había desaparecido no la tenían controlada. La policía no sabía tampoco que tuviera la mejor relación con ella. Ni tan siquiera a Finney se lo había dicho.

Por lógica, debía volver a aquella casa. Además, ardía en deseos de saber si le había ocurrido algo a Lily.

Detuvo el taxi en las cercanías.

El resto del camino lo hizo a pie, atravesando el cementerio de Wall Street.

Y vio la casa.

Ladrillos rojos oscurecidos por el tiempo. Ambiente siniestro. Sobre el edificio parecía pesar un sueño de siglos.

Pero Richard suspiró con alivio, poique la luz se veía brillar en dos de las ventanas del noveno piso. Eso significaba que Lily continuaba en el apartamento.

Como la otra vez, hubo de aguardar una oportunidad para sortear al conserje. Hundido en las sombras cercanas al cementerio, aguardó hasta que el tipo con aspecto de momia salió a hablar con un motorista que traía unos telegramas. Entonces, Richard se coló como una sombra.

Esta vez usó el ascensor.

No tenía paciencia para subir a pie hasta el piso noveno.

Pulsó el botón.

Buena máquina aquélla.

Todo lo vieja que se quiera, pero eficaz, limpia, suave...

Piso noveno.

Silencio y calma.

Richard Avedon sonrió aliviado, como el que regresa al hogar. «No ha pasado nada. Tú tranquilo, muchacho. Lily sigue en el apartamento y aquí no ha pasado nada...»

Tuvo entonces la primera sorpresa.

Vio que la puerta estaba entreabierta.

Pero eso poco importaba.

La empujó.

Y casi tropezó con las cuatro velas encendidas. Casi tropezó con el ataúd que se encontraba dentro.

CAPITULO XI
LA SOMBRA DEL MISTERIO

Richard sintió que se le helaba la sangre. Era un hombre que había pasado por todo y que se creía capaz de todo, pero ahora le fallaron las fuerzas. Se encontró ante algo tan incomprensible, tan irreal, tan fuera de este mundo, que estuvo a punto de lanzar un grito.

Sus recortes mentales, esos recortes sin los cuales no podemos conocer la realidad, estuvieron a punto de romperse. Fue como un absoluto y un demoledor K.O.

Y, sin embargo, no ocurría nada de especial. Una mujer estaba metida dentro de aquel ataúd, pero aquella mujer no era Lily. Se trataba de una vieja. Más allá, imperaba la penumbra del apartamento.

Pero era el mismo, no sabía duda. Allí estaba la moqueta, allí estaban los muebles modernos. Incluso el cuadro que él descolgó días antes y tras el que pudo ver la marca de Satán.

¡Era el mismo apartamento!

¡Y ahora lo ocupaba otra mujer!

¡Una mujer que, además, estaba muerta!

Todo el cuerpo de Richard vaciló un momento.

La voz bisbiseó entonces:

—¿Le ocurre algo, señor?

Richard miró hacia la izquierda, como un sonámbulo.

Un hombre de media edad, elegante y solemne, le miraba con expresión entre educada e inquisitiva.

—No me ocurre nada. ¿Quién es usted?

—Me llamo Bosser.

Richard tragó saliva.

El nombre, que al menos le resultaba conocido, fue para él como una tabla de salvación. Bosser, el agente de seguros que conocía a Lily... Al menos era un punto de referencia que le acercaba a aquella realidad desconcertante.

El hombre decía, mientras tanto:

—¿Es usted pariente de la difunta?

—No, ni siquiera la conocía.

—Entonces permítame preguntarle: ¿qué hace aquí?

—Busco a la anterior inquilina —dijo Richard, con voz opaca.

—¿La anterior inquilina? ¿Quién?

—Se llama Lily. Y usted la conoce.

—Claro que la conozco —dijo Bosser, con una sonrisa—. Lily era empleada eventual en una casa de seguros en fa que yo tengo una buena cartera, y los dos entablamos una agradable amistad, aunque en estos tiempos que corren, quizá haga falta aclarar que nuestra amistad fue limpia. Conseguí de los restantes propietarios de la casa que le cedieran este apartamento de

una manera provisional.

—Eso confirma lo que ella me dijo, señor Bosser. También me hizo saber que la amistad de ustedes dos fue limpia.

—¿Por qué iba yo a mentirle?

—Entonces siga diciéndome la verdad, señor Bosser. Sáqueme de dudas con la respuesta a una pregunta muy importante: ¿Dónde está ahora Lily?

—Ha desaparecido.

—¿Queeeeé?

—Ha desaparecido.

La voz y la expresión de Bosser eran heladas, pero parecían ocultar una sorda pena.

—Hace tres o cuatro días estaba aquí, señor Bosser. Y llena de vida...

—Lo sé, pero yo no soy su tutor ni puedo controlar sus actos. Parece que habló con el conserje diciendo que se iba con un tal Johnny. Como la señorita Lily no tenía contrato ni pagaba alquiler, se podía disponer en seguida del apartamento, y el conserje lo hizo. Esta mujer a la que usted está viendo lo ocupó ayer, pero casi inmediatamente tuvo un ataque al corazón y esta mañana ha muerto. Parece que hay desgracia con este apartamento, aunque en otros dos de la casa también ocurrió lo mismo hace unos meses. Si yo tuve interés en que entrara aquí Lily fue porque los apartamentos libres se habían alquilado últimamente a gente muy vieja, y la gente vieja se muere y da un ambiente espectral a la casa. A mí me gustaría ver siempre gente joven y alegre aquí, pero parece que el conserje piensa de otra manera. Habrá que retirarle las facultades que le dimos para que contratara los apartamentos. No los usa bien.

Richard Avedon apenas le escuchó.

Miraba como obsesionado a la mujer metida en el ataúd.

Ya era vieja. Llevaba unas ropas bastante sencillas, o sea, que no debió haber sido una mujer rica. Eso parecía contradecirse con el ambiente general de la casa, que en cierto modo era de lujo.

Todo eran contradicciones allí.

Todo era una oscura pesadilla.

Mirando a Bosser, preguntó:

—¿No tenía parientes esta pobre mujer?

—Puede decirse que no —susurró entonces una voz desde la penumbra.

Richard miró hacia allí. Y la vio.

Podía afirmarse que aún era joven.

Quizá rondaba los cuarenta y cinco, y algunos mínimos detalles lo delataban, pero su cuerpo maravillosamente vestido y su cara exquisitamente maquillada podían hacerla pasar por diez años menos Se notaba.

además, que era una mujer rica, satisfecha, dotada de esa especial dureza que da el haber tenido todas las cosas de este mundo y no estar dispuesta a renunciar a ellas También debía ser una mujer apasionada y hasta quizá lasciva, pero Richard adivinó en su mirada algo que no era normal Adivinó

confusamente que no le gustaban los hombres.

Bueno, ¿y qué?

Poco le importaba eso en aquella especie de reino de la muerte.

—No me he presentado —dijo la inquietante mujer—. Soy Mónica, una de las propietarias de este edificio.

—Celebro conocerla.

—¿Cómo se llama usted?

—Richard Avedon.

—¿A qué se dedica? ¿Tiene algo que ver con la compraventa de inmuebles.'1

—Oh, no... Yo tenía un oficio que quizá usted no entienda, Mónica.

—¿Cuál era?

—Boxeador.

Ella hizo un leve mohín, pero a partir de entonces miró con más atención a Richard, como si quisiera convencerse de que realmente era un tipo digno de consideración.

—¿Lily era su chica? —preguntó, con cierta impertinencia.

—No, no se trata de eso. Solamente hicimos amistad.

—Pues ya ve que no está aquí. De todos modos, considérese en su casa, señor Avedon El señor Bosser y yo cumplíamos un deber de caridad, y si usted nos acompaña nos sentiremos muy honrados. Contestando a su pregunta anterior, le diré que esta pobre mujer, en efecto, no tenía parientes, de modo que sólo nosotros, los vecinos que apenas la conocíamos, podemos velarla.

Richard intentó sonreír.

—Acepto, ya que son tan amables —musitó.

Tenía buenas razones para quedarse allí, aprovechando la ocasión. Una, que allí al menos no le buscaría la policía. Otra, que tal vez en el apartamento podría averiguar algo sobre la increíble desaparición de

Lily.

Permaneció varios minutos mirando a la muerta, como si rezase, mientras por su cerebro pasaba un torbellino de pensamientos. Luego se atrevió.

—La última vez que estuve aquí, creo que me dejé unos documentos en 1a habitación de Lily —susurró, con falsa indiferencia—. ¿Puede buscarlos?

—Por supuesto que sí —dijo Bosser—. Entre.

El fue hacia la habitación del fondo.

El sitio donde hizo el amor con aquella extraña mujer. Las cuatro paredes entre las que conoció que allí la felicidad estaba teñida de muerte.

Abrió la puerta.

Y la vio.

Arrebatadora mujer.

Melena color castaño que le caía casi hasta la cintura.

Piernas largas, torneadas, sólidas, soberbias.

Medias negras.

Liguero negro.

Y nada más.
La tentación vestida de luto.
Una especie de fuerza desatada de la naturaleza.
Carne vibrante y joven, en el aire quieto.
Los dos se miraron a los ojos.
Y entonces ella estuvo a punto de lanzar un grito.

* * *

Richard había cerrado la puerta a su espalda. Por primera vez en mucho tiempo, las manos le temblaban. Y eso nada tenía de extraño, porque el pensamiento le temblaba también. Porque en su cerebro que ya estaba nublado se mezclaban como en una pesadilla el cielo y el infierno.

Aquella preciosa muñeca podía ser el cielo, pero el infierno les rodeaba a los dos. Era algo de lo que no se podía hablar, algo que se respiraba y que estaba en su mente.

La miró con fijeza.

Sus opulentas y jóvenes formas.

Sus prendas tentadoras.

Su mirada de gacela asustada.

Richard se dio cuenta de que no la había visto nunca. En aquella especie de mundo sin sentido en que estaba metido de lleno, siempre aparecía una mujer bonita, pero después de cada mujer bonita surgían el misterio y la muerte.

Por eso hubiera preferido no verla. Por eso murmuró con voz insegura:

—¿Quién es usted?

—¿Y usted?

—Me llamo Richard Avedon. Conocía a la anterior ocupante de esta casa.

—Yo me llamo Sara Wisp. Soy la nieta de la mujer que... que está muerta ahí fuera.

Y se colocó encima un abrigo ligero para disimular su desnudez. Como queriendo dar una explicación a su actitud, musitó:

—Me estaba poniendo unas cosas de luto para... para el entierro. He salido a comprármelas hace poco.

Richard fue lentamente al otro lado de la habitación, miró la cama como si mirara un mueble completamente desconocido, y susurró:

—Puede considerarme un amigo. Algo me dice que está usted en un apuro.

—¿Por qué cree usted que necesito un amigo? ¿Y por qué piensa que estoy en un apuro?

La chica era desconfiada, pero se notaba que le costaba hablar. En el fondo, deseaba confiarse a alguien. Un poco como le había ocurrido a Lily, la verdad era que los nervios estaban a punto de traicionarla.

—Su abuela ha muerto. Imagino que no tiene usted más parientes en Nueva York —susurró.

—No, ninguno.

—Pues eso ya es estar en un apuro. Pero le contestaré que yo también lo estoy, de modo que nos encontramos en el mismo camino.

—¿Que quiere decir?

—Mire, Sara..., váyase de aquí.

—¿Y por qué he de hacerlo? Este es, al fin y al cabo, un sitio donde nos han acogido a las dos.

—¿Quién las acogió?

—Mónica.

—¿Usted no conoce al señor Bosser?

—No. Sólo conocía a Mónica. Al señor Bosser lo he conocido hace poco Pero ¿por qué me hace tantas preguntas? ¿Qué pasa?

—No lo sé exactamente —reconoció él— Es sólo una sensación, pero esa sensación no me deja vivir Por eso le he pedido que se fuera cuanto antes de aquí, aun que le parezca que eso no tiene sentido Lo único que sé es que esta situación se ha repetido otras veces. Ha habido antes otras chicas jóvenes y bonitas como usted en esta casa y... y han desaparecido.

Sara se estremeció un momento.

No eran las palabras de Richard lo que le inquietaba, sino la voz con que estaban dichas. Su mirada entre vacía y espectral. Aquel silencio extraño y agobiante a la vez, que flotaba en la casa.

—¿Por qué dice eso? —Musitó, sin embargo—. Este es el único sitio de gente compasiva' que he conocido en la cochina ciudad de Nueva York, el único sitio donde nos dieron un cobijo decente sin pedirnos nada a cambio. Si a mi abuela no le llega a pasar lo del corazón, hubiéramos vivido aquí todo el tiempo que nos diese la gana.

—¿No son ustedes de aquí?

—No. Vinimos hace poco de Boston. Mi abuela cobraba una pequeña pensión, y las dos pensamos que encontraría aquí un trabajo mejor pagado.

—¿Dónde vivieron al principio?

—Sigue haciéndome preguntas que no tienen sentido. ¿Qué puede importar el sitio donde vivimos? Queens, Bronx, el propio Harlem..., ¿qué más da? Pero si quiere saberlo, le diré que tuvimos mala suerte desde el principio. Mi abuela sufrió una primera crisis cardíaca al llegar aquí y hube de hospitalizarla en la asistencia pública. Fue allí donde conocí a la señorita Mónica.

—¿Y le dijo que podía venir n vivir a esta casa?

—Sí. En cuanto hubiese un apartamento libre.

—Lo mismo que a las otras.

—¿Qué?

—Nada... No me haga caso. Sólo pensaba en voz alta. De modo que ella pensaba ya que su abuela podía morir. Es decir, casi tenía la certeza de que iba a morir.

—Podía sospecharlo, desde luego, porque los mismos médicos le dieron un informe pesimista. Pero eso, ¿qué tiene que ver?

—Sólo una cosa: que usted quedaría sola. Y sola aquí.

Pronunció la última palabra con una entonación especial, mientras en sus ojos brillaba algo así como una chispita negra. Luego, bisbiseó:

—Por eso le digo que se vaya, Sara... ¡Váyase!

—No puedo —susurró la muchacha—. He de espetar el entierro, y además me siento protegida en esta casa. Es usted el que debe irse. He de cambiarme.

Como si con ello quisiera obligarle, se quitó el abrigo ligero que llevaba sobre los hombros y se quedó otra vez en aquella endiablada combinación que despertaba todas las tentaciones. Richard miró sin querer sus muslos perfectos, sus senos potentes, su...

Volvió la cabeza. La puerta se había abierto.

Y distinguió la mirada penetrante de Mónica.

Sus ojos como cuchillos.

Unos ojos que también estaban clavados en los muslos y en los senos.

«Lesbiana —pensó Richard—. Es una condenada lesbiana, eso está claro. Esta chica le gusta...»

La voz metálica pareció atravesar la penumbra cuando dijo:

—¿Ha encontrado usted lo que buscaba, señor Avedon?

—Pues... pues no.

—Supongo que, en cambio, ha conocido a Sara. Es la nieta de la difunta.

—Sí. Ha sido una buena sorpresa, créame. Le estaba diciendo que lamento mucho lo ocurrido, que lo lamento de verdad.

—Pero en su presencia no puede cambiarse. ¿Es que no se da cuenta?

—Ahora mismo iba a irme.

Richard se levantó y se dirigió a la gran sala donde estaba el ataúd. La puerta se cerró a su espalda. Mónica había salido también.

Por unos momentos flotó el silencio.

Richard se sentía recorrido por los ojos inquisitivos de Mónica.

—El señor Bosser y yo habíamos pensado una cosa —susurró ella—. No sabe hasta qué punto nos ha favorecido su presencia aquí, señor Avedon.

—¿En qué sentido?

—El señor Bosser y yo estábamos cumpliendo aquí un deber de caridad, pero... pero supongo que ya no es necesario, a partir de este momento. Nos sentimos molestos, hágase cargo. La difunta resulta una desconocida para nosotros, y, además, tenemos nuestros deberes y nuestros problemas personales, todos esos pequeños problemas que la gente tiene en su propia casa. No queríamos dejar sola a Sara en una noche como ésta, pero si usted se queda con ella..., nosotros podríamos irnos.

Richard asintió con la cabeza lentamente, mientras intentaba disimular sus verdaderos sentimientos. Las palabras de Mónica abrían un camino para la salvación, un camino que ella seguramente no sospechaba. Por lo tanto, convenía aprovecharlo antes de que fuera demasiado tarde.

En aquel momento, entró Sara en la habitación.

Ya iba vestida, pero a la fuerza tenía uno que pensar en desnudarla. Tenía

uno que pensar en la tentación, en el misterio, en la muerte, en el infierno. Todo aquello se mezclaba de una forma tan confusa en la mente de Richard Avedon, que llegaba a volverle loco. La relación que podía existir entre infierno y sexo era algo que le angustiaba y le fascinaba a la vez.

—La señorita Mónica y el señor Bosser decían —susurró— que nosotros dos podíamos velar a la muerta. No es necesario que ellos se queden aquí.

Y con todas sus fuerzas deseó que ella no se negara. Que no estropeara, sin saberlo, aquella magnífica oportunidad.

Tuvo suerte. La muchacha farfulló:

—Es verdad. Ya les he molestado demasiado con mis problemas. No deben quedarse.

Bosser y su hermosa acompañante les dirigieron una amistosa sonrisa y desaparecieron del salón, rumbo a las escaleras donde flotaba aquella luz irreal. Sara y Richard quedaron solos.

También a ellos les envolvía una luz irreal. También de pronto tenían la absurda sensación de que allí no regían las leves de este mundo, sino las desconocidas leyes de otro planeta.

Sara se había contagiado de aquella atmósfera.

Le temblaban los labios levemente.

—Celebro que hayas dicho eso —murmuró él—. Ahora que nadie nos vigila, debemos irnos cuanto antes.

—Pero... pero ¿por qué?

—No sé sí tú has llegado a pensar lo mismo que yo, Sara.

—No te entiendo. ¿Qué es lo que has llegado a pensar tú?

—Que el infierno está en el subsuelo de Nueva York. Y que está concretamente debajo de esta casa.

En otro momento y otro lugar, aquellas palabras de

Richard podían haber provocado una carcajada de la muchacha, pero ella no rió. Por el contrario, sus labios siguieron temblando. Había algo en aquel aire, en aquellas paredes, en aquella luz, que hacía pensar en cosas imposibles, en combinaciones satánicas, en cosas que están debajo de nuestros pies y que nos amenazan sin que lleguemos a verlas.

Ella cerró un momento los ojos.

Como si se sintiera envuelta en una pesadilla en la que no quería creer, balbució:

—¿De dónde viene esa... esa creencia sin sentido?

—De cosas que he leído. De cosas que aprendió un sabio llamado Malendon y que, a causa de ello, acabó volviéndose loco y luego quitándose la vida. De cosas que he visto aquí...

—¿Aquí?

—Sí... Chicas como tú que, de pronto, quedaban solas. Demasiadas veces repetida esta situación. Y demasiadas cosas extrañas que parecen no tener sentido. Por eso te lo digo con todas mis fuerzas, Sara. Apenas te conozco, pero sé que he de sacarte de aquí... ¡He de sacarte de aquí!

Ella miró a la muerta. Los ojos de las dos, la viva y la difunta, se estaban volviendo vidriosos, como si las envolviese la misma neblina del más allá.

—Está bien —musitó—. Después de todo, a mí también me agobia esto. Vámonos de aquí.

Richard fue a dirigirse a la puerta, pero en aquel momento recordó algo. Recordó que el doctor Finney le había dado un teléfono para que se pusiese en contacto con él si había alguna novedad importante. Y lo que estaba ocurriendo ahora era una novedad importante, de modo que quizá convendría pedirle ayuda otra vez.

—Perdona —musitó.

Fue a la habitación de al lado. Descolgó el teléfono.

Y se dispuso a discar el número que recordaba perfectamente, pero de pronto pensó algo. Pensó que si el domicilio de Finney estaba muy lejos, quizá no le conviniera ir hasta allí, buscando un sitio para pasar la noche. Lo mejor sería averiguarlo, y si ese domicilio quedaba, por ejemplo, en el otro extremo de la ciudad, ya no molestaría al médico. Tal como estaban las cosas, no quería comprometerle.

Por eso discó el número de información de la telefónica. Pidió que le dieran, por favor, la dirección a la que correspondía aquel número.

—¿Desde dónde llama usted? —preguntó la voz de la telefonista.

Richard dio la dirección y el número del aparato que tenía escrito en el dial. Ia voz le pidió:

—Cuelgue, por favor. Le llamaré antes de un minuto.

Richard colgó y esperó.

Un minuto.

Dos.

La impaciencia le consumía hasta en las cosas más mínimas, como si la luz le ahogase.

Por fin, el timbre. Sonó como un estruendo en aquel silencio bochornoso.

Descolgó.

La voz de la telefonista pareció llegar desde algún sitio situado en el otro confín del mundo.

—Oiga, usted me ha hecho una pregunta un tanto extraña —musitó.

—¿Extraña? ¿Por qué?

—Él número que me ha pedido corresponde a un doctor llamado Finney. Pero vive justo en el sitio donde está usted, de modo que son vecinos. Usted me habla desde el piso noveno y él vive en el piso tercero. En la misma casa.

Richard sintió como si el auricular le abrasase.

Balbució:

—Gra... gracias.

Y colgó lentamente.

CAPITULO XII
LAS PUERTAS DEL MÁS ALLA

Otra vez la habitación pareció dar vueltas en tomo suyo. Otra vez Richard Avedon tuvo la sensación de que lejanas voces le hablaban desde las paredes, desde las ventanas, desde la profundidad de los infiernos.

De que el aire quemaba.

Y de que estaba perdido en un planeta fantasma.

Se oyó entonces un chasquido. La puerta del dormitorio se había abierto. La muchacha, temblorosa como una prisionera, pero al mismo tiempo tentadora como una diosa, estaba allí, en el umbral, dejando que su figura se recortase a la luz incierta de los cirios.

—¿Qué pasa? —musitó—. ¿A quién llamabas?

—A... a nadie. Era sólo una precaución. Vamos.

Salieron los dos, sin dirigir ni una mirada a la muerta. No tenían tiempo ni para eso. Abrieron la solemne puerta que daba a la escalera.

Y vieron la luz incierta, tenebrosa; aquella luz que parecía pegarse a las paredes.

Y vieron los solemnes peldaños de mármol.

Y la barandilla, que parecía no haber sido rozada, jamás, por manos humanas.

Y el solemne ascensor que les estaba esperando.

Sara musitó:

—¿Bajamos por las escaleras?

—Quizá perderíamos demasiado tiempo. Vamos. El ascensor está ahí. Kay que aprovecharlo.

Los dos se introdujeron en la caja.

Viejos dorados les rodearon.

Nacarados timbres en los que parecían acechar cien ojos.

Espejos que les enviaban una imagen incierta.

Richard pulsó el botón de la planta baja. El aparato se puso en movimiento y él fue contando los pisos como si cada uno de ellos fuera un peldaño hacia su libertad.

Segundo... Primero... Planta baja... ¡Ya estaban!

Pero el ascensor no se detuvo.

Siguió descendiendo.

Pareció hundirse para siempre en las profundidades del infierno.

* * *

Richard no lo entendió. Al principio tuvo la sensación de que los dos estaban alucinados, pero luego se dio cuenta de que no era así, de que, en efecto, estaban descendiendo por un increíble pozo. Entonces intentó abrir las

puertas para que el ascensor se detuviera.

Y no lo consiguió.

¡Las puertas permanecieron herméticas!

¡Y el aparato siguió bajando!

De pronto, se detuvo con un chasquido.

Y Sara lanzó un grite de horror, un grito visceral de miedo, mientras los ojos de Richard Avedon se desencajaban de asombro.

Porque allí estaba el infierno.

El universo rojo con las llamas al fondo.

Los seres satánicos que se movían hacia ellos, que pugnaban por sujetarlos, en especial a la muchacha.

Hombres y mujeres color sangre.

Desnudos.

Seres excitados hasta el máximo.

Ojos que se salían de las órbitas.

Uñas postizas en los dedos.

Mujeres que cimbreaban el vientre en un baile obsceno y obsesivo a la vez.

Todos los vicios del infierno parecían estar allí. Todas las depravaciones. Todo lo que hemos soñado alguna vez en las pesadillas y que es a un tiempo fascinante y horrible.

Pero más fascinante y horrible fue para Richard que para la muchacha. Más revelador, más siniestro, más obsesivo.

Porque a los seres pintados de rojo y dominados por la droga, los conocía muy bien. Al menos a algunos de ellos. Como Bosser. Como la inquietante mujer llamada Mónica... ¡Como el propio doctor Finney!

Ahora comprendía por qué los policías estaban tan bien preparados cuando él huyó. Porque Finney mismo les había advertido de que él trataría de escapar y de que era sumamente peligroso. Había sido una miserable trampa para que los mismos policías acabaran con él y eliminaran así el peligro de un hombre que iba sabiendo demasiado...

No era casualidad que el propio Finney hubiese tratado de dar con él cuando la policía lo capturó. De ser él mismo quien interviniese en el tratamiento. Sin duda le estaba vigilando desde el primer día en que Richard entró en la casa.

También estaba claro lo que ocurría con el ascensor. Desde aquel sótano que sólo los propietarios de la casa conocían, podían ser bloqueados los mandos, obligando a la caja a descender. Y enviando abajo a... ¡a las mujeres solas! ¡A chicas desamparadas a las que previamente se había introducido en las entrañas de la casa!

¡Pero esta vez le hacían bajar también a él! ¡Era un estorbo que no podía seguir vivo más tiempo!

Los ojos alucinados de Richard miraron aquello.

Todos los propietarios de aquella casa formaban, en realidad, una secta satánica. Se habían unido para eso.

El tormento, el sadismo y el sexo eran para ellos una verdadera religión.

Ahora los veía.

Discípulos de Sade que ansiaban violar y matar, destruir a sus víctimas después de gozar de ellas.

Lesbianas ansiosas para quienes una chica joven era el mejor regalo que podían soñar.

Y todos ellos formando una masa aullante que previamente se había drogado para estar en forma. Para no sentir ninguna inhibición. Para ser, de verdad, discípulos del diablo.

Las zarpas fueron hacia ellos.

Richard vio, como en uno alucinación, el altar de los sacrificios. Vio en la pared el viejo signo de Satán.

Y sólo le quedó tiempo justo para contorsionarse desesperadamente y esquivar las púas del tridente que venía hacia él, empujado por el propio Finney, dispuesto a destrozarle el estómago. Decidido a hundirle en la muerte, ya al primer envite.

A Sara les interesaba conservarla viva, de momento. A él, no.

Pero le conocían mal si pensaban que Richard no iba a luchar.

Si menospreciaban a aquel campeón de los rings más peligrosos de Norteamérica.

A aquel luchador de brazos de acero y puños de martillo pilón.

Richard esquivó con un solo movimiento, y los dientes del arma se hundieron en la madera del ascensor. Un segundo después, Finney recibía un alucinante gancho en el mentón y salía despedido hacia atrás, con los ojos en blanco. Pero aun así se dio cuenta de que reventaba, aun así lanzó un aullido infrahumano cuando las afiladas púas del tridente se hundieron en su cuello, destrozándolo por completo.

Richard lo había desclavado de la madera del ascensor.

Y ahora tenía un arma auténticamente diabólica, un arma que ninguno de aquellos seres abyectos había imaginado en su poder. Disponían de cuchillos y de palos, pues sin duda para aquella noche habían organizado algo especial, pero sus brazos fofos y sus vientres caídos y viscosos eran bien poca cosa para luchar contra la musculatura de Richard Avedon. Este movió el tridente otra vez.

Era una situación diabólica.

Pero lógica, a su modo. Al fin y al cabo, estaba en el infierno.

La propia Mónica, drogada como una poesía, se lanzaba ahora hacia él. Llevaba un largo cuchillo en la diestra.

Richard no vaciló. No podía vacilar.

¡Crak! ¡Ssssssgggg!

El sonido del tridente al salir y entrar en la fina carne de la mujer, fue auténticamente alucinante. La sangre saltó a chorros. La cara de Mónica pareció desintegrarse en el aire mientras sonaba un aullido de insoportable dolor.

Richard giró.

Ahora veía a Bosser. Bosser había tratado de cazarle por la espalda.

Desgraciado de él.

Las tres puntas ensangrentadas del tridente le alcanzaron en pleno bajo vientre El aullido debió haberse oído en todo Nueva York, aunque no llegó a brotar de aquel sótano diabólico.

Un hombre relativamente joven se lanzó coa todas sus fuerzas.

Richard lo esquivó agachándose, como un catcher esquiva a otro en el ring.

Su enemigo fue a pasar volando por encima suyo, tal era su impulso. Dio una vuelta de campana en el aire antes de Hundirse para siempre en las llamas que brillaban al fondo, y que eran alimentadas durante el tiempo que se quería por un circuito que insuflaba gasolina.

Un nuevo aullido estremeció aquel antro, pero sus diabólicos pobladores no se detuvieron por eso. Estaban demasiado drogados para pensar, y si pensaban se daban cuenta de que Richard era un peligro demasiado importante para dejarlo vivo. Por lo tanto se lanzaron hacia él como una masa vociferante, ansiosa, sudorosa...

Hombres y mujeres de todas las edades. Algunos jóvenes y otros bordeando ya la setentona, pero todos dominados por la misma satánica obsesión del placer y de la muerte. Verdaderas hijos del diablo que habitaban en esta tierra. Auténticos esbirros del más allá.

Richard comprendió que si retrocedía estaba perdido. Tenía la ventaja de que sus enemigos estaban drogados y no atacaban con orden, sino sólo siguiendo su instinto primario. Bastó un gesto de Sara para hacer caer a dos de ellos con un palo, mientras Richard movía el tridente con la velocidad de una pesadilla.

Buscó los sitios mortales.

Las gargantas que se abrían.

Los corazones que estallaban.

Los vientres que se vaciaban entre chorros de sangre y aullidos de infinito dolor.

Poseído de una furia que también era satánica, dominado por una especie de fiebre del más allá, y que talmente venía de su propia desesperación, manejó aquel arma desconocida como jamás había manejado nada, incluso con más rapidez que sus propios puños en el ring. Mientras saltaba, mientras esquivaba, mientras bailaba como si estuviese entre las cuerdas, hundía las púas en los cuerpos, desgarraba pieles, arrancaba chorros de sangre, empujaba a las llamas a aquellos seres del más allá... Nunca había vivido una orgía semejante, una orgía tan satánica en todos los sentidos, tan alucinante, tan completa. Le parecía que no era él mismo quien daba aquellos golpes, quien hacía aquellas fintas tan alucinantes, quien enviaba a tantos seres a la muerte. Sólo cuando dos de ellos quedaron vivos pero heridos, derrotados, gimoteantes en un ángulo de aquel infierno particular, Richard Avedon dejó de ser el propio diablo. Sólo entonces bajó el tridente tinto en sangre y se

permitió respirar.

Con voz helada, dijo:

—Ve a la portería y llama a la policía, Sara. No te preocupes por el conserje porque no te interrumpirá: es uno de los muertos. Diles a los de la bofia que van a descubrir algo que no imaginaron jamás.

Y cuando la muchacha se dirigía ya hacia aquel as censor del infierno, pidió:

—Pero no tardes. Quizá tú y yo aún tengamos tiempo de pasar una gran noche.

Ella le miró extrañada.

Desapareció.

Y entonces, Richard se contempló a sí mismo.

No se conocía.

No entendía ni las palabras que acababa de pronunciar. Se avergonzaba de ellas.

¿Es que el infierno se contagia?

¿Es que no está en Nueva York ni en ninguna parte sino en todas? ¿Es que realmente lo llevamos dentro?

Movió la cabeza negativamente. Lucharía contra aquello. Lucharía contra aquel mal que le unía a las entrañas más negras del mundo.

Al fin y al cabo, aquéllos eran los sótanos de Nueva York. Pero fuera, dentro de muy poco, luciría el sol.

—Vamos —dijo, moviendo el tridente de nuevo—, al ascensor, hijos de zorra. Quiero que la policía os vea así cuando llegue, bebiendo vuestra propia sangre.

—¿Y si nos detenemos antes de llegar a la planta baja? —Bisbiseó, aterrado, uno de los heridos—. ¿Y si el ascensor se encalla a mitad de camino?

—Peor para ti, porque las vas a pasar canutas hasta que te saquen. Te voy a meter el tridente hasta las amígdalas.

—¿Po...por qué?

Y Richard dijo, muy serio, mientras escupía las palabras:

—¿Cómo que por qué? Pues porque estaremos en el purgatorio...

FIN